MUJERES EN PÁGINA/12
29 DE SETIEMBRE DE 2000
AÑO 3 NÚMERO 129

LAS/12

J. K. Rowling y su invento, H. Potter

Musulmanas en Buenos Aires

Fernanda Laguna: qué chica



HISTORIA DE LA HISTERIA

¿QUÉ *pensará* USTED *de* MI?

SOCIEDAD

La historia, más allá de su ubicación psicopatológica, seducción, más aún cuando quien la padece suele tentar y negar, atizando el deseo de un perseguidor que no siempre lleva la mejor parte. Esta es la historia de una frase que siempre se atribuyó a las mujeres pero que hoy los hombres empiezan a explotar.

POR MARIA MORENO

Soy la reina de las histéricas", decía con orgullo Blanche Wittman a fines del siglo pasado. Su especialidad, es decir su síntoma, era un show unipersonal, cuyo primer acto era un estado de letargo, el segundo uno de catalepsia, y el tercero –gran finale– uno de sonambulismo. Un famoso cuadro de A. Brouillet la muestra realizándolo bajo los dictados del Dr. Charcot mientras una enfermera se apresta a abarajarla sobre una camilla. El cuadro se titula *La lección clínica de La Salpetrière.* Blanche solía, según León Daudet, extender una tarjeta de presentación donde se leía "Blanche Wittman, primer sujeto del Dr. Charcot". Amén de darse importancia, la mujer estaba presagiando la estrecha relación de aprendizaje mutuo, de duelo fecundo que las histéricas y *sus* doctores sostendrían en provecho de la psiquiatría, la psicología y, luego, del psicoanálisis, a todo lo largo de la historia.

Ya sea bajo la vivacidad de la teoría, de la religión o del mito, con diferentes máscaras, la histeria ha sido asociada siempre a la feminidad. Muchas brujas, quienes durante el siglo XVI no sólo escaparon a la pira de la Inquisición seduciendo a los magistrados, sino que delataron a los mozos que odiaban señalándolos en las nalgas con la "marca del diablo", hoy hubieran sido consideradas histéricas. Y las que no lograron escapar al horno de los obispos, muchas de las cuales eran verdaderas sabias homeópatas, protopsicólogas y detentadoras de poder popular, pusieron en evidencia con sus finales la desproporción de las pasiones que desataban, amén del eterno desafío a la ciencia dominante que hay en toda conducta tildada de histérica.

Es que la histeria, más allá de su ubicación psicopatológica, implica seducción, más aún cuando quien la padece suele tentar y negar, atizando el deseo de un perseguidor que no siempre lleva la mejor parte.

Pero ¿qué es la histeria? Por una vez que sea una mujer la que responda. La psicoanalista y escritora Liliana Heer dice: "Freud finaliza su espectacular travesía del psiquismo inconsciente preguntándose ¿qué quiere la mujer? ¿qué anhela? No en el sentido de *Ellas no saben lo que quieren*, sino en el sentido de afirmar que él, Freud, sabe menos que cuando comenzó con sus bellas escandalosas e indiferentes histéricas perforadoras del saber de un siglo. El psicoanálisis habla de tres características fundamentales: el Otro es una referencia prioritaria. Ante la angustia frente al deseo del Otro, la respuesta es la huida. La histeria es el sujeto por excelencia: en la histérica podría decirse que hay *deseo del deseo insatisfecho*". La histérica se acercaría al deseo "sólo de lejos", oscilaría en un vaivén de "ninguno es suficiente a ninguno es disponible". Si hay una historia de la histeria no puede haber histeria sin historia. Ana María Fernández, psicóloga clínica, no cree –hablando de histeria– en ninguna esencia sutil que haya atravesado los siglos, sólo remozándose con los cambios de cosmética: "Aunque Freud llega a plantear que la histeria no depende del sexo género de quien lo porte, igual hay una asociación de histeria y mujeres. Por eso, según como haya cambiado en la sociedad a lo largo de la historia el discurso sobre la mujer también ha cambiado el discurso de la histeria. En el siglo XVIII existía el discurso sobre la naturaleza femenina con una serie de atribuciones. Cuanto más las mujeres se instituyeran subjetivamente de acuerdo a ese modelo cultural, más histeria había. Porque podríamos pensar que una mujer que cumplía con cada uno de esos mandatos necesariamente tenía que producir gran cantidad de síntomas ya que tenía que arrasar con lo activo erótico, postergarse absolutamente por los hijos, depender económica y subjetivamente de un varón. Creo que lo que los psicoanalistas han dicho de la histeria es válido en cuanto pueda pensarse en una dimensión sociohistórica, no como una esencia o un universal inconsciente. Hay una tradición disciplinaria de pensar las cuestiones o bien desde el psicoanálisis o bien desde la historia, la sociología. Me parece que este es un momento donde es necesario hacer algunos cruces. Las miradas históricas son muy interesantes porque desesencializan las cuestiones".

TANGO TERAPEUTICO DE SIGMUND Y DORA

Las histéricas analizadas por el Dr. Charcot parecían poseídas por Satanás y dieron a la histeria un carácter espectacular; las analizadas por Freud pusieron su sufrimiento en palabras a descifrar. Sería a través de las mujeres analizadas por Freud que los síntomas de la histeria, alejados de los de la posesión demoníaca y aun a caballo de la psicopatología, contribuirían al avance de muchos conceptos psicoanalíticos como el de escisión del yo y la transferencia. Es así que una patología que se propone como un espectáculo se convierte, para quien la observa, en un verdadero magisterio sobre la psicología humana. La primera maestra en ese sentido fue una joven llamada Dora: su novela, como muchas, trata de adulterio, de amor no correspondido y de servicio doméstico desolado. El maestro va extrayendo como con forceps la confesión que –misoginia mediante y con una red de preconceptos en su mano vienesa– lo ayudaría a escribir el best seller psicoanalítico *Análisis fragmentario de una histeria.* El padre de Dora –escucha Freud o se informa a través de otros– es un industrial de prestigio, "persona dominante en su círculo tanto por su inteligencia y sus condiciones de carácter como por las circunstancias de su vida"; la madre, un ama de casa neurótica, empeñada en frotar todo el tiempo sus muebles victorianos; el hermano, un hijo pródigo. Luego están los amigos del padre –el señor y la señora K–, una institutriz que aparentemente se derrite por Dora y otra institutriz que hace de comparsa pero, luego se verá, no tanto.

La señora K, dulce y atractiva, le enseñó a Dora el libro *La fisiología del amor* de Mantegaza, haciendo gala de un liberalismo muy posfreudiano.



Liliana Heer dice: "Freud finaliza su espectacular travesía del psiquismo inconsciente preguntándose ¿qué quiere la mujer? ¿qué anhela? No en el sentido de *Ellas no saben lo que quieren*, sino en el sentido de afirmar que él, Freud, sabe menos que cuando comenzó con sus bellas escandalosas e indiferentes histéricas perforadoras del saber de un siglo".

FOTO: FOCUS

Luego, poco a poco, irán saliendo a luz los trapitos al sol: la señora K es amante del padre de Dora. El señor K se comporta con Dora con la angurria de Humbert Humbert con Lolita (Dora, a pesar de que se siente atraída por él, le da un sopapo), anteriormente había seducido a una institutriz, mientras que la institutriz de Dora está enamorada del padre de ésta.

A través de sus asociaciones Dora muestra su interés por el señor K, amén de una admiración por la señora K. "¿Cómo se explica su repulsa en la escena del lago, o por lo menos la forma brutal, testimonio de indignación, de dicha repulsa? ¿Cómo pudo una muchacha enamorada sentirse insultada en una declaración que, según comprobaremos luego, no tuvo nada de grosera ni de ofensiva?", se pregunta el doctor (Dora había sentido asco ante una declaración del señor K junto al lago).

Freud va armando su teoría sobre Dora: la admiración de ésta por la señora K es tildada de homosexual, el ataque a K como la pelea entre el deseo sexual y el horror de ceder a él por razones morales y a los fantasmas incestuosos producto de un Edipo cojo. El Dr. Freud hora se contradice, hora complejiza su hipótesis. Al fin terminará diciendo, luego de que Dora dejara el tratamiento "mis esperanzas de que estaban a punto de ser colmadas, se redujeron a la nada". Se refería a su histérica más deseada (ella también cambia a cada instante y se niega a ser poseída): la teoría.

Freud tuvo otras pacientes, reacias a dejarse poseer, incluso analíticamente. Una tal Isabel le dirá: "Sigo mal, tengo los mismos dolores que antes" (o sea la terapia es tan poco hábil como el señor K). Otra, apodada "la bella carnicera", le dirá triunfante: "he tenido un sueño que contradice su teoría".

Freud pondrá, en castigo, la histeria del lado de la enfermedad, de la feminidad anormal que se niega a satisfacerse en el deseo de un hombre.

En su ficha anotará ansiosamente: fijación a la fase preedípica, deseo genital por la madre, rivalidad con los hombres, deseo de matarlos, castrarlos, desafiarlos (estamos hablando de inconsciente) y otras malas palabras.

Algunas mujeres harán otra interpretación: por ejemplo la psicoanalista Emilce Dio Bleichmar, en su libro *El feminismo espontáneo de la histérica*: si los hombres pueden separar entre el deseo y el amor, las mujeres no. El señor K había seducido antes a una institutriz diciéndole: "Mi mujer no es nada para mí", frase que le repitió a Dora, sugiriéndole su carácter de intercambiable, la frivolidad de su sentimiento hacia ella. Luego, cuando Dora contó el episodio junto al lago, la traicionó con un "¿qué se puede esperar de una joven que lee *La fisiología del amor*?". Por otra parte, el padre de Dora, en lugar de proteger el honor de su hija, la ha expuesto al señor K para simular su relación con la señora K, mientras que la señora K y la institutriz miman a Dora para disimular el interés por su padre. Una mujer puede desear ser deseada por un hombre, pero no a costa de no ser amada por él, o al menos ser reconocida más allá de su sexualidad.

La histeria es una protesta contra una moral que, por un lado, aún pone en tela de juicio el libre goce de las mujeres pero que las llama enfermas si no ceden a él. "Me quiere sólo para eso", dice el lugar común. Traducción: "Yo también quiero eso y es cierto que se lo he demostrado hasta el cansancio, pero a condición de que *me* quiera más allá de eso, aunque yo misma no sepa bien qué es".

DORA 2000

Hoy Dora ha dejado la sala de estar adonde rumiaba su rencor por el señor K y el diván desde donde le enseñaba a Freud lo que él nunca podría aprender sobre el deseo de las mujeres. Es posible imaginarla en la escalera mecánica de un aeropuerto, neceser en mano, rumbo a una reunión internacional en donde representará a su compañía en calidad de presidente. ¿Sueño feminista? Realidad posible en un fragmento pequeño de mujeres de clase media como las que se ofrecieron a la oreja del psicoanálisis en calidad de objetos del diagnóstico de histeria.

Es cierto que la histérica ya no es una ficción que realiza en el aire el Arco de Triunfo ni hace delirar a los psicoanalistas sobre el enigma de la mujer. "Hay cuadros que son vedettes de una época porque, si bien todos tenemos inconsciente, los inconscientes encarnan modos sociohistóricos de despliegue. Las buenas neurosis están como desapareciendo de la consulta. ¡Esas neurosis de transferencia donde el analista duraba más años que el marido! –Ana María Fernández finge un ademán de nostalgia–. Entonces hay menos histerias en consulta al estilo de las grandes neurosis porque las grandes neurosis, en general, las fuertes histerias, las fuertes neurosis obsesivas, las fuertes neurosis fóbicas están como desplazándose porque pareciera ser que se van constituyendo subjetividades con menos estructura yoica, entonces aparecen crisis de pánico, ausencia de deseo etc. Ha cambiado la cultura psi por la propia demanda de los pacientes. No diría que han caído los grandes relatos neuróticos como han caído los grandes relatos, sino que en la consulta se ven menos. Lo cual no quiere decir que uno no siga viendo mucha histeria. Lo que pasa es que hay muchas Flores de Bach, gimnasio, terapias alternativas. Creo que no son épocas para que alguien tenga el deseo de plegarse sobre sí mismo y pensarse."

Ana María Fernández se niega a despolitizar la política si se le sugiere que es allí donde la histeria ha buscado su refugio. Se puede estar tentado de ver en el mercado una metáfora de la histeria en cuanto a su *hacer desear*. Pero no. El llamado al consumo no es el llamado a la satisfacción sino todo lo contrario, pulsión y deseo serían antagónicos. Lilian Heer dice: "Las estructuras clínicas de histeria y obsesión son las mismas, aparecen con otros semblantes. Se podría decir que antes algo pasaba más por la pulsión y ahora por la compulsión.

Hoy Dora ha dejado la sala de estar adonde rumiaba su rencor por el señor K y el diván desde donde le enseñaba a Freud lo que él nunca podría aprender sobre el deseo de las mujeres. Es posible imaginarla en la escalera mecánica de un aeropuerto, neceser en mano, rumbo a una reunión internacional.



Por un lado está la globalización económica, por otro la fragmentación afectiva –más que fragmentarización, parcializaciones–: no se le pide todo a nadie. Si la histeria era una categoría definida por la insatisfacción, no hay nada que insatisface más que el más, más y más. Esa voracidad, ese no parar de hoy es la lógica de Aquiles, no la de la tortuga. La cura pasaría por poner el deseo al servicio de la pulsión, ya que deseo y compulsión son irreconciliables, permitir pasar a la lógica del no todo, a un deseo decidido".

Hoy los hombres parecen haber aprendido de esa cátedra ad honorem que las histéricas han ejercido a lo largo de los siglos. Ellos empiezan a comprender que la escena histérica casi nunca es la última sino la exigencia de un guión más imaginativo. Ellos mismos se han vuelto capaces de salir corriendo con la ropa en la mano al grito de: "¡No quiero, quiero otra cosa, no me gustan los portaligas, estoy harto del encaje negro, me da alergia. No soy cualquiera!".

–Pero no es lo mismo –dijo una histérica anónima–. ¿Pero por qué? –interrogó la cronista.

–Pues porque carecen de la tradición del género. Como histéricos son burdos, literales. No saben, no sabrán nunca.

La mitología popular de la histeria deja de ser una pieza de museo para adquirir una siniestra cara cuando esgrime su argumento en los casos de abuso infantil. Algunas madres, según Ana María Fernández, cuando el acusado de abuso es su nuevo marido, suelen hablar de la niña como histérica, es decir alguien que fabula seducciones de las que se denuncia víctima y que en realidad habría inducido.

Existe la mitología de que en las clases populares conviven junto a prácticas progresistas, producto de lo que las buenas conciencias llaman "evolución de las costumbres", una suerte de archivo de figuras pasadas: por ejemplo la histeria de gran formato y performance física espectacular. La Dra. Carrozzi, médica de guardia de un hospital de Tigre, suele ocuparse, aun en las fiestas de fin de año, de los heridos de bala, los empachados, las víctimas de las catástrofes domésticas –por ejemplo una niña que se ha pescado una infección cuyo origen, oculto durante muchísimos meses era que se había metido una arveja en la nariz ¿una histérica?–. Allí las madres, ancladas en su lugar de amas de casa, las hijas a quienes la economía prohíbe el estudio o el trabajo en un futuro mediato, atrapadas en la encerrona pasional, acuden a las estrategias que la tradición les dicta: "Era una noche silenciosa y profundamente calma –evoca la doctora–. Eran las 23.20 y los golpes parecían a punto de derribar la puerta. En nuestra módica estadística, golpes así se corresponden con una patología: traían a una histérica. –¡Abran! –gritaban– tiene un ataque cardíaco.

Y allí estaba ella. La traían suspendida entre tres, agitados y transpirados y sorprendidos por la urgencia (los torsos desnudos, las chancletas, el pantaloncito corto).

Y sí, era una histérica. ¿Crees que ya no existe la histeria de conversión en sus expresiones más primitivas?

Desde luego que aquí sí. Y éste era un letargo histérico, parecía en coma y por momentos pensamos ¿no será un coma? Consultados sus padres, dijeron que había estado detrás de la ventana de su cuarto esperando desde la tarde temprano a que llegara su ex novio a saludarla para Navidad. Que a medida que se fue haciendo de noche estaba cada vez más quieta hasta que cerca de las once se había desplomado y ahí estaban todos.

La dejamos sola y la muchacha se despertó. Eran las doce menos diez y recuperada después del llanto, se fue. A la sala de espera quiero decir, porque a esa hora no había taxis ni remises ni nada que se le pareciera a la redonda. La familia festejó la Navidad en seco, junto a nosotros. A las doce y media pasé a ver cómo seguía y todavía estaba allí. Miraba otra vez por la ventana, ahora de la sala de espera.

–A esta hora a él le debe haber llegado la noticia –dijo sin verme".

ELOGIO DE LA HISTERIA

Un psicoanalista, Jacques Lacan, quitará a la histeria de su aspecto psicopatológico y le dará un rasgo casi magisterial: la eterna pregunta de la histérica acerca de sí misma, su insatisfacción, agudiza los sentidos de los sabios y de los donjuanes que ella desafía. Al parecer, el mundo ha avanzado por la histeria y no por lo opuesto: la neurosis obsesiva, que insiste sobre la perfección de lo ya sabido, legitima y ritualiza, es decir, "fija".

En el campo popular, la palabra "histérica" ha servido para mantener flameando el ego del varón rechazado, como si pudiera decirse "no me desea, por lo tanto es una enferma".

Ana María Fernández lo explica así: "Hay dos variantes en el mito popular: la seductora, que promete y no da y se retira y su plus de goce va a estar en capturar al varón y frustrarlo, y la *nerviosa* que es como los muchachos llaman a una mujer insatisfecha sexualmente, a la que supuestamente todo se le va a resolver cuando descubra el enorme placer que le va a dar un hombre bien plantado. Una histérica y/o una mujer es alguien que está más pendiente de su deseo de reconocimiento que del reconocimiento de sus deseos. Pero si encaramos con una mirada más social el problema –no sociológica sino de la dimensión sociopolítica sobre la propia subjetividad de las mujeres–, en realidad, que haya tantas mujeres constituidas en su subjetividad, más pendientes de ser reconocidas que de reconocer sus deseos, ha sido la posibilidad de que la familia fuera monogámica. Por lo tanto, es una estrategia política central en la constitución de la relación de los géneros en la reproducción de esta sociedad. Puesto que alguien que puede hacerse cargo de sus deseos y en el libre albedrío satisfacerlos o no, no puede ser muy monógamo".

La histeria es fuente de una vida aventurera que puede vivirse sin salir del cuarto propio: interminables preguntas ("¿Qué piensa usted de mí?"), afirmaciones solemnes que resultan un enigma para la virilidad ("Lo quiero pero no lo amo"), viajes a lo largo del cuerpo a través de una enredada cadena de síntomas (jaquecas, sofocos, afonías) que los diarios íntimos de las escritoras como Virginia Woolf o Katherine Mansfield despliegan como un barómetro de sus estados de ánimo, pero sobre todo ese incansable "sí pero no" que no implica en realidad ninguna contradicción, pero es vivida como tal por el hombre. ¿Quien no tiene una anécdota de histeria, *atesorándola*? El Dr. Lucien Israel, ardiente defensor de Dora, cuenta: "Un día me ocurrió lo previsible. Le aplicaba la inyección diaria de medicamento antiinflamatorio a una joven que me provocaba sin disimulo. Aunque cobarde y prudente, al fin tomé la iniciativa y... llamó a la enfermera de guardia. Mi 'víctima' y yo seguimos siendo buenos amigos a pesar de todo, y cuando ella abandonó el servicio me dejó un regalito con estas palabras: '¿Cree verdaderamente que hubiera gritado pidiendo auxilio?'".

La histérica es una humorista, una jugadora que debe enfrentarse a un sexo solemne, demasiado pragmático sin que por eso deje de ser susceptible: el masculino.

Por los alrededores de Corrientes y Montevideo se conoce a una que cierto día entró en el bar al que suele concurrir hecha un mar de lágrimas. Encontró a un viejo conocido, lo abrazó, le hizo confidencias, poco a poco, ya consolada comenzó a mostrarle su agradecimiento con miradas guillotinantes, amplios cruces de piernas y súbitas caídas de uno de los breteles que sostenían su blusa o de ambos. Al fin le propuso al afectuoso que la invitara a su departamento a tomar una copa. Al llegar y, sin dejar de mirarlo con aquella intensidad que caracterizaba a Rasputín, se quitó lentamente la blusa (no llevaba nada debajo), se desabrochó el cinturón, bajó hasta la mitad el cierre de su pantalón y mientras exhibía una porción bronceada de su barriga, exclamó triunfante: "Te has hecho acreedor a un premio... poder contemplar mi ombligo". Eso fue todo.

La histeria es un modo de ser que consiste en no ser como todo el mundo o, mejor dicho, como quieren los hombres, aunque fue uno de ellos, Lucien Israel, aquel médico burlado por una belleza de hospital, quien dijo: "¿Qué quiere la histérica? Un amor donde quede siempre algo por conquistar, algo por descubrir. Un amor que no esté totalmente obstruido por un objeto perfectamente adaptado. Un objeto que no sea un objeto de necesidad sino un objeto de deseo que deje siempre algo por desear, es decir que permita a la vida seguir siendo vida. La búsqueda es difícil: hay que tener mucho coraje, no sólo para mantener la propia posición, sino para soportar el ataque de los hombres".

Ya sea como resistencia a los abusos de la cultura o como sufrimiento por lo que del deseo de las mujeres era arrebatado por ésta, la histeria fue un arma, un arma que, como en los chistes, no sale una bala sino un pañuelo. Porque es precisamente un pañuelo lo que evoca Liliana Heer para definir a la histérica: "*El Pañuelo* es un texto de Walter Benjamin: en la primera escena, según cuenta un capitán narrador de historias, cuando hizo la ronda buscando volver a ver a una mujer muy hermosa y tanto más hermosa porque en su belleza se destacaban su reserva, de voz frágil y vaporosa, oscura y metálica, no la encontró a ella sino su pañuelo. Al recogerlo del suelo y entregárselo escuchó un 'gracias' pronunciado en igual entonación que si le acabase de salvar la vida. Segunda escena: la misma mujer antes de llegar a destino se tiró al mar y alguien al verla caer, arriesgando su vida se tiró tras ella. Cuando la llevaba en brazos contó el capitán que ella había musitado a su salvador un 'gracias' tal, que no parecía sino que le acabase de recoger el pañuelo" ●



UNA DE LAS FOTOS QUE ILUSTRAN EL ULTIMO INFORME DE LA ONU: UNA MUJER CUBANA ENSEÑANDO A OTRAS A USAR UN PRESERVATIVO.

De la palabra AL HECHO

POR ELISA CARCA *

La semana pasada, los principales medios periodísticos nacionales destacaron el Informe 2000 del Fondo de Población de las Naciones Unidas, en lo referente a la situación mundial de la mujer, en donde se concluye que la discriminación es sistemática y generalizada en todo el mundo. El mencionado Fondo aborda este año las consecuencias de dicha discriminación, incluyendo sus costos económicos y sociales. La ONU solicita poner fin al "apartheid de género", como una urgente prioridad para el desarrollo y los derechos humanos.

En efecto, el informe refleja datos escalofriantes en cuanto a situaciones que sufren particularmente las mujeres y que significan la violación de los principios de igualdad de derechos, de oportunidades y de respeto a la dignidad humana.

No por conocida y de antigua data esta problemática deja de conmocionarnos y de golpear fuertemente a nuestra sociedad.

Casi anticipándonos a este diagnóstico, en la Cámara de Senadores bonaerense, y con el consenso de todos los bloques políticos, hemos presentado hace poco tiempo este proyecto de ley, creando en el ámbito de la Legislatura de la provincia la Comisión Bicameral para la igualdad de Derechos, Oportunidades y Trato hacia las Mujeres, con el objeto de velar por el cumplimiento de la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer –con rango constitucional–; de la Convención de Belém Do Pará, y de la Plataforma de Acción de la Cumbre Mundial de Beijing.

Esta Comisión Bicameral apuntará a la realización práctica de una política encaminada a la eliminación de la discriminación contra la mujer, estableciendo mecanismos de protección jurídica de los derechos de las mujeres y de velar porque las autoridades e instituciones públicas y privadas actúen de conformidad con el cumplimiento de sus obligaciones, adoptando las medidas necesarias, ya se trate de modificar o derogar leyes, reglamentos, usos y prácticas que constituyan discriminación.

La Legislatura bonaerense no tiene entre sus comisiones ninguna específica sobre la problemática de la mujer, omisión ésta que debe ser subsanada a través de mecanismos propios que sean visibilizados por la sociedad en su conjunto, y por las mujeres en particular, como una reparación por parte de los organismos públicos del daño causado a través del tiempo por la indiferencia hacia esta problemática.

En nombre de las mujeres de la provincia de Buenos Aires, y del conjunto de las senadoras mujeres, quiero hacer un especial reconocimiento a nuestros compañeros varones que nos han acompañado sin titubeos en esta iniciativa.



Senadora bonaerense. Alianza. Discurso pronunciado en el Senado de la provincia de Buenos Aires momentos antes de que fuera aprobada la creación de una Comisión para la Igualdad de Derechos y Oportunidades para la Mujer, que vele por la no discriminación de género en territorio bonaerense. Votaron a favor las diez senadoras y los presidentes de los tres bloques políticos.

RAMOS GENERALES

Anticoncepción y olvido

De acuerdo con un estudio realizado por el Comité Científico del Celsam (Centro Latinoamericano Salud y Mujer), los mitos y la falta de información son las principales causas del incumplimiento y abandono de los anticonceptivos hormonales. En América latina, alrededor de diez millones de mujeres consumen anticonceptivos orales, pero entre el 50 y el 60 por ciento abandonan este método; un 30 por ciento olvida alguna toma por ciclo y un 25 por ciento no respeta el marco de seguridad hormonal (al olvidar una toma, no la recuperan). En consecuencia, claro, se incrementa el número de embarazos no deseados, abortos y madres adolescentes. Es por esto que el Celsam divulgó una serie de recomendaciones para el uso correcto de la píldora:

* Utilizar el método de forma regular y continuada.
* Asociar la toma a algún acto cotidiano, de manera de establecer una rutina y evitar olvidos (tomarla siempre a la misma hora, dejar la pastilla en un lugar visible, involucrar a la pareja en la rutina, mantener los comprimidos en su envase original hasta el momento de la toma).
* En caso de haber olvidado tomar un comprimido, existen tres opciones. Si pasaron menos de 12 horas desde el horario habitual, debe tomarse de manera inmediata sin necesidad de medidas extras. En caso de que hayan pasado más de 12 horas y se trate de la primera o segunda semana del ciclo programado, se debe tomarla inmediatamente, aunque eso implique tomar dos juntas. Además, debe utilizarse preservativo durante siete días consecutivos contando desde el día que se tomó el comprimido olvidado. Si el olvido se produjo durante la tercera semana de toma, se puede interrumpir la toma durante una semana e iniciar una nueva caja al octavo día; o tomar la pastilla olvidada, continuar hasta terminar la caja y comenzar inmediatamente una nueva, sin el intervalo habitual de siete días entre caja y caja.
* Se debe respetar estrictamente el intervalo indicado por el médico.
* La idea de que es necesario interrumpir por unos meses la toma de anticonceptivos para "descansar" es una creencia sin fundamentos científicos. Los "descansos" no reportan beneficios para la salud y pueden derivar en un embarazo no deseado.
* No es cierto que los anticonceptivos orales generen graves efectos adversos. Por el contrario, tienen efectos protectores como la prevención de algunos tumores, enfermedades benignas de las mamas, o infecciones de las trompas de Falopio.

LIBRERÍA

Cuerpos, géneros e identidades



Con la compilación de Omar Acha y Paula Halperín, y la presentación de Dora Barrancos, apareció este libro (Ediciones del Signo) que reúne estudios de género en la Argentina. "La mujer argentina y la política de ricas y pobres a fin del siglo XIX", de Karen Mead; "Muéstrame tus genitales y te diré quién eres. El hermafroditismo en la Argentina finisecular y principios del siglo XX", de Pablo Ben; "Mi mamá me mima. Mujeres, médicas y socialistas en Unión y Labor", de Paula Halperín; "Las mujeres y 'la mujer' en el cine del primer peronismo", de Valeria Manzano; y "La clase obrera invisible: imágenes y participación sindical de las obreras a mediados de la década de 1930 en Argentina", de Débora D'Antonio y Omar Acha, son algunos de los ensayos que reúne.

SEÑORAS Y SEÑORAS

Paridad a la francesa



Martine de Boisdeffre es la secretaria general del Consejo de Estado francés, una institución tradicionalmente masculina que, luchas por la paridad mediante, cuenta con un 20 por ciento de mujeres. "Jamás fui relegada por el hecho de ser mujer; aquí, cada uno es juzgado por sus méritos personales", explica. Y quizá tenga razón, al menos en lo que refiere a su propia carrera. En 1990 se convirtió en una de las consejeras técnicas de Elisabeth Guigou, por entonces, ministra de Asuntos Europeos, cargo desde el que condujo algunas de las negociaciones previas al acuerdo de Schengen y el tratado de Maastricht. "Cuando dudé en aceptar el puesto de secretaria general del Consejo de Estado, porque no sabía si iba a tener tiempo para todo, fue el vicepresidente, Renaud Denoix de SaintMarc, quien insistió para que aceptara." Tanta insistencia, se ve, no fue en vano, y parece que la gestión de Martine va siendo de lo más satisfactoria.

LA ROWLING, *aprendiza de celebridad*

POR MOIRA SOTO

Con su saga de Harry Potter, la escocesa J.K. Rowling protagoniza un fenómeno editorial sin precedentes. Ahora que la Warner ha capturado a su criatura para hacer la película, es posible que el aura mágica que rodea al personaje se diluya en merchandising. Pero Rowling corre el riesgo, para lo que le pagan muy bien.

Le creemos mucho, poquito o nada? Joanne Kathleen Rowling, la exitosísima creadora de Harry Potter, se obstina en repetir que ella no es una celebridad mientras sus libros se venden por millones –más de treinta y cinco–, se anuncia el rodaje del primer tomo de la saga con alto presupuesto y la propia autora –con cierto aire de fatiga, es verdad– ha estado viajando por Gran Bretaña en un tren anteriormente reservado a la realeza, rebautizado Hogwarts Express en homenaje a la Escuela de Magia y Hechicería en la que estudia el joven y celebérrimo héroe que, entre otras aventuras, ya anduvo detrás de la piedra filosofal.

Para no considerarse una celebridad, la escritora de 34 años que hasta hace poco pagaba una consumición mínima en el café Nicholsons de Edimburgo a fin de poder escribir al calorcito mientras su hija de meses dormía a su lado, se manejó con envidiable naturalidad en el suntuoso tren, yendo del camarote al coche restaurante. Es que Rowling, la nueva rica –riquísima– no tuvo más remedio que hacer promoción de su último opus, *Harry Potter y el cáliz de fuego* (así se llamará en la futura edición local), de estación en estación, siempre recibida por cientos de chicos desesperados por obtener una dedicatoria firmada, y por numerosos fotógrafos y cámaras de TV. Ella sonríe con ese gesto un poco fruncido que la caracteriza y concede algunas notas exclusivas para reiterar con acento todavía pasmado –ya va por el cuarto año de suceso creciente– que no se explica la pasión mundial desencadenada por Harry Potter, que nunca esperó semejante popularidad. En la Argentina, sin llegar a las cifras siderales de otros países, los tres libros editados por Emecé figuran en la lista de bestsellers, en el primer lugar siempre *Harry Potter y la piedra filosofal*. En total, se han vendido 150 mil ejemplares de los tres tomos.

EL HECHIZO DE HOLLYWOOD

Basta mirar la foto que figura en la solapa de la primera edición local de ... *y la piedra filosofal*, y compararla con una de las últimas tomas, publicada en el diario español *El País*, para advertir que Joanne Kathleen –que empezó firmando J.K. para no provocar desconfianza en los varones más jóvenes– no es la misma de hace poquitos años. La pelirroja ha aclarado su pelo, suavizó el maquillaje de sus ojos y ahora gusta de incrustarse un sombrerote de terciopelo estilo Sarah Kay que la aniña un poquitín. Ciertamente, la novelista favorita de los chicos puede comprarse una bonetería completa, que para algo está en el puesto 25 de la lista Forbes. Y va a seguir trepando, porque a la venta ascendente de sus libros y el pago suculento de la Warner por los derechos para el cine, tendrá que agregar –como para no andar por ahí, fatigada– los réditos del merchandising.

Porque resulta que J.K. finalmente quebró su palabra de que no permitiría que se fabricaran muñequitos, mochilas, sábanas, ni ningún otro producto inspirado en Harry Potter: "Lo sé", le respondió cansadamente al periodista de *Newsweek*, como si intentara justificarse. "Warner Brothers me ha abrumado, me he quedado sorprendida con la cantidad de información que me han dado, de las reuniones a las que me han invitado. Todo lo que puedo decir a cualquiera que esté preocupado (por la salida de los productos comerciales, claro) es: por favor, confíe en mí, estoy luchando en su mismo bando". ¿La entendimos bien? ¿Rowling tuvo que ceder frente a los magos de Hollywood porque le hicieron algún hechizo? ¿Qué es eso de "luchar en el mismo bando" –es decir, el de los lectores que hubieran preferido que Harry Potter no alentara el consumismo con su efigie– mientras hace crecer su ya exorbitante cuenta de banco?

Sin duda, debe ser arduo resistir el éxito, la adulación, las presiones... Pero hasta hace muy poco Rowling decía que "su peor pesadilla" era que "Harry Potter apareciese en las cajas de fast-food". Por supuesto, fue antes de que perdiera el control (sobre sus promesas), y ahora, agobiada por los records absolutos de venta del cuarto libro de la saga (la primera tirada de *Scholastic*, en los Estados Unidos fue de 3.800.000 volúmenes), por los títulos honoríficos recibidos en diversas universidades, por las correcciones del guión cinematográfico de *Harry Potter y la piedra filosofal* y la búsqueda del crío apropiado para protagonizar el film, la escritora ha pactado. Evidentemente necesita justificarse: "La gente tiene que entender que nadie podría sentirse tan protector como yo con estos personajes. Si fuera mal, me dolería a mí más que a nadie". Considerando que el director de la primera entrega será el mediocre Chris Colombus –*Mi pobre angelito, Mrs. Doubtfire*–, se podría deducir que la señora Rowling carece del suficiente tino como para cuidar a sus criaturas literarias en su pasaje a la pantalla.

LOS TRABAJOS DE HARRY

La historia onda Cenicienta de J.K. Rowling ha sido lo suficientemente divulgada últimamente, lo que nos ahorra dar detalles de su crianza en Escocia; sus estudios de francés y literatura, su casamiento fugaz con un periodista portugués; su regreso a Edimburgo sin marido, pobre y con una beba; la escritura de Harry Potter en bares; el rechazo de varias editoriales hasta la aceptación de Bloomsbury que, de movida, publicó un limitado número de ejemplares





y el suceso incontenible, arrollador. "De verdad que jamás me he sentado a pensar qué les gustará a los niños", aclara ahora la escritora. "Lo cierto es que me sentía emocionadísima con la idea cuando ocurrió, porque pensé que sería divertidísimo escribirla. De hecho no he leído mucho de literatura fantástica. Bueno, leí *El señor de los anillos* cuando tenía catorce años."

Precisamente, los críticos literarios han asociado las historias de Harry Potter con J.R.R. Tolkien, pero también con Lewis Carroll, C.S. Lewis, James Barrie, Beatrix Potter (el apellido es pura casualidad, Rowling lo eligió para su héroe en recuerdo de un amigo de la infancia), Susan Cooper, Diana Wynne Jones, Roal Dahl. Así como ha sido elogiada por unos –incluido el mismísimo Stephen King, que alivió su convalecencia de un terrible accidente con las aventuras de Harry–, Rowling ha sido defenestrada por otros como el crítico del británico *The Observer*, para quien la saga equivale a "dibujitos de Disney en palabras escritas". Los que están a favor consideran que el último libro, *Harry Potter y el cáliz de fuego*, de ¡734 páginas! en la edición norteamericana, es el mejor de todos en cuanto a despliegue de imaginación, estilo literario, temática más abarcadora, personajes más complejos. Este tomo está justo en el medio de la serie, que comprenderá siete entregas. Es decir, hasta el momento en que Harry termine su peculiar secundario y se reciba de bachiller en magia y hechicería en Hogwarts. Sin embargo, a diferencia de Tolkien, que creó un mundo paralelo puramente imaginario por lo cual su obra se inscribe en lo maravilloso, Rowling arranca su primera novela con escenas de la vida cotidiana en el 4 de Privet Drive, Little Whinging, Surrey. El señor y la señora Dursley, los repelentes tíos de Harry, son completamente vulgares y corrientes. Están encantados de ser normales y desaprueban la imaginación. Se han hecho cargo a su pesar del misterioso sobrino y lo maltratan bastante. El que más se ensaña es Dudley, el malcriado hijo de los Dursley. Como es de rigor en los cuentos de hadas y generalmente en los relatos para chicos, Harry sobrelleva una infancia desdichada, aunque cada tanto, sin poder explicárselo, produce hechos extraordinarios por los que es debidamente castigado. Afortunadamente para él, a los diez años suena la hora de la liberación y del reencuentro con su identidad: Harry es convocado a estudiar en Hogwarts y se entera de que sus padres –un mago y una bruja– fueron asesinados por Voldemort, una especie de Lucifer, un hechicero que se dio vuelta y es el supervillano de la saga. El chico, a pesar de toparse con enemigos menores y mayores, se sentirá en su verdadero hogar y aprenderá muchísimas cosas. No por nada, el equipo de primer año de la escuela exige, por ejemplo, el *Libro Reglamentario de Hechizos*, de Miranda Goshawk; *Mil y Una Hierbas Mágicas*, de Phyllida Spore; *Las Fuerzas Oscuras, Guía de Autoprotección*, de Quentin Trumble. Y, desde luego, un sombrero puntiagudo, un caldero de peltre y varitas (la correspondiente a Harry es de acebo y pluma de fénix: los seres mitológicos –centauros, etc.– abundan en el Bosque Prohibido). Para obtener su escoba propia, el protagonista deberá esperar la continuación de la saga. De todos modos, Harry –además de resolver enigmas en el más puro estilo Hercules Poirot o Miss Marple– se revelará ya en *...y la piedra filosofal* como un diestro piloto de escobas voladoras, una habilidad que le viene de casta, claro está, y que le servirá para lucirse jugando a Quidditch, el deporte de los aprendices de magos.

Sin duda, las arriesgadas y sorprendentes aventuras de Harry Potter no serían lo mismo sin la presencia y la colaboración de sus compañeros Ron Weasley y sobre todo Hermione Ganger. De entrada, la niña no le cae bien a Harry: tiene tono de mandona, parece de lo más legalista y traga, manifiesta una fastidiosa tendencia a sermonear. Pero nadie es perfecto en estas crónicas: el propio Harry tiene sus flaquezas e inseguridades. Hay una pelea y un distanciamiento entre los chicos, pero poco después Harry salva a Hermione de un horrible trasgo. Y, según Rowling, "hay cosas que uno no puede compartir sin terminar unido: derivar a un trasgo de tres metros y medio es una de esas cosas". Poco a poco, Hermione afloja su rigor, aunque se empeña en que los chicos no se copien para que aprendan de verdad. En el momento más difícil, Hermione descubre la respuesta a un enigma: "Esto no es magia, es lógica. Un acertijo. Muchos de los más grandes magos no han tenido ni una gota de lógica", comenta enfervorizada y enseguida deduce la aplicación de siete botellas. "No soy tan bueno como tú", reconoce Harry. Y Hermione le responde: "¡Libros! ¡Inteligencia! Hay cosas mucho más importantes: amistad, valentía". Empero, Hermione es muy inteligente y le gusta estudiar, así es que no podrá evitar que a fin de año la distingan como la mejor del curso y le den un premio extra por haber usado "la fría lógica para enfrentar el fuego".



SOCIEDAD

Musulma

POR MARTA DILLON

Matsuma habla lentamente, del mismo modo en que se mueve y sonríe. No hay prisa en sus gestos, ella no corre contra el tiempo como casi todos en las grandes ciudades. De hecho el tiempo para Matsuma tiene su propio ritmo, un ritmo constante y cíclico que iguala las estaciones y los años, es el tiempo que señala el Corán, el libro sagrado de los musulmanes que ordena los ritos y las rutinas de hombres y mujeres. Cinco rezos diarios, un mes de ayuno cada año, una sura para reflexionar cada día. Y Matsuma se siente cómoda y segura con esas pautas, es difícil que los días traigan sorpresas o que éstas alteren el rito sagrado de las "súplicas". Es una estudiante de medicina de 35 años, casada, dos hijos y una responsabilidad religiosa que asume con orgullo, ella es quien guía espiritualmente a las mujeres que acuden a la mezquita de Floresta, mucho más modesta que la recién inaugurada de Palermo a la que Matsuma admira aunque es crítica de los poderes políticos que alentaron su construcción. "La mezquita cumple un rol social, es un lugar de encuentro, las súplicas hacen que el hombre se encuentre consigo mismo, le recuerdan su origen, muchas veces en la vida nos creemos omnipotentes y está muy bien que el hombre construya el mundo, pero no nos desvinculemos de nuestro origen". Esa podría ser una de las explicaciones que se da esta mujer religiosa, que vive "el Islam a cada momento", para las dimensiones extraordinarias del edificio de la nueva mezquita, como si ese contraste entre el tamaño del hombre y el tamaño de "la casa de Dios" tuviera que tener un correlato físico, más concreto que eso que dicen las escrituras. De todas maneras, Matsuma, como el resto de las mujeres reunidas en un salón de su modesta mezquita, desliza su desacuerdo con el reino de Arabia Saudita bajo cuya protección está la mezquita de Palermo: "Hay una paradoja en algunos países orientales donde los pueblos están adormecidos, que tienen un Islam que quedó en cuestiones de forma. Hay muchos lugares donde existe la monarquía cuando en el Islam no existe esa forma de gobierno".

Hay un recelo intermitente entre estas mujeres que cubren su cabeza con un pañuelo siguiendo la tradición que señala la religión que profesan. Es como si siempre estuvieran a la defensiva, como si estuvieran demasiado acostumbradas a comentarios que para ellas sólo son "fruto de la ignorancia y los prejuicios". "El pañuelo es una cuestión islámica –dice Matsuma–, tiene que ver con el recato de la mujer dentro de la sociedad. Si se analiza fuera de contexto, la sociedad puede ver en el pañuelo que la mujer está oprimida, que el hombre la maneja. Sería un análisis simplista y erróneo. Es lo mismo que pensar que la mujer que hace topless es una mujer libre de manipulaciones". Y cualquier mujer occidental sabe que no es así. Pero Zulema, una mujer de 37, sabe que es fácil hablar de simple recato cuando es posible elegir. En la comunidad musulmana de Buenos Aires, y en general en todo el país, las mujeres no sólo pueden optar por usar el pañuelo –ésa es la única denominación que usan para hablar de la forma en que se cubren la cabeza– cuando no están en la "casa de Dios", sino que además, ésa es una decisión a tomar cuando la religión, "el Islam es vivido con el suficiente coraje porque no es fácil; éste es un país multicultural, pero hay culturas que tienen privilegios que nosotras no tenemos". Zulema optó por el pañuelo siendo una persona adulta, con un trabajo fijo en un supermercado en el que fue supervisora durante 14 años. Y fue esa opción, la de hacer pública su condición de musulmana cubriendo su cabeza en todo momento, la que la dejó fuera de ese circuito laboral. "Me echaron de inmediato, no pude ni siquiera protestar. En la mezquita me dijeron que podía hacer juicio por discriminación, pero yo no soy de la idea de litigar porque para mí el único que puede juzgar es Dios". Ahora, esta mujer que apenas puede decir en voz alta que es divorciada de un hombre cincuenta años mayor que ella trabaja en una panadería árabe y ya no tiene que dar explicaciones sobre su atuendo. Pero "igual tengo problemas, por eso es una decisión difícil el pañuelo, nunca falta el que dice 'no es Carnaval para que andes disfrazada' o cosas mucho peores", dice.

"El Corán no considera que la mujer tenga que cambiar su vestimenta para evolucionar. Justamente es una protección y una valoración del cuerpo de la mujer. Su atuendo le da libertad para manejarse en la sociedad sin ser molestada, sin hacerse valer a través de su cuerpo, para evitar ese uso de la mujer objeto, la mujer muñeca", explica Matsuma, que además de pañuelo usa el hiyab, una larga túnica oscura que la cubre hasta los tobillos. El resto de las mujeres usan ropa holgada, pero pueden optar por las polleras a media pierna y camisas de manga larga. Así aceptan el pedido expreso de respetar la mezquita impreso en carteles que cuelgan en las salas de rezos. "La vestimenta se usa en la casa de Dios y delante de los hombres, después las





FOTOS: MALALA FONTAN

SOCIEDAD

Musulmanas

Lejos de la imponente y flamante mezquita de Palermo, en otro templo de Floresta, un grupo de seguidoras del Islam explica qué creencias, qué actitudes y qué ideas tiene reservado el Corán para las mujeres. Sobre su forma de vestir, dicen que "el pañuelo es una cuestión islámica que tiene que ver con el recato de la mujer dentro de la sociedad. Si se analiza fuera de contexto, puede pensarse que el hombre la maneja, y eso sería un análisis simplista y erróneo".

POR MARTA DILLON

Matsuma habla lentamente, del mismo modo en que se mueve y sonríe. No hay prisa en sus gestos, ella no corre contra el tiempo como casi todos en las grandes ciudades. De hecho el tiempo para Matsuma tiene su propio ritmo, un ritmo constante y cíclico que iguala las estaciones y los años, es el tiempo que señala el Corán, el libro sagrado de los musulmanes que ordena los ritos y las rutinas de hombres y mujeres. Cinco rezos diarios, un mes de ayuno cada año, una sura para reflexionar cada día. Y Matsuma se siente cómoda y segura con esas pautas, es difícil que los días traigan sorpresas o que éstas alteren el rito sagrado de las "súplicas". Es una estudiante de medicina de 35 años, casada, dos hijos y una responsabilidad religiosa que asume con orgullo, ella es quien guía espiritualmente a las mujeres que acuden a la mezquita de Floresta, mucho más modesta que la recién inaugurada de Palermo a la que Matsuma admira aunque es crítica de los poderes políticos que alentaron su construcción. "La mezquita cumple un rol social, es un lugar de encuentro, las súplicas hacen que el hombre se encuentre consigo mismo, le recuerdan su origen, muchas veces en la vida nos creemos omnipotentes y está muy bien que el hombre construya el mundo, pero no nos desvinculemos de nuestro origen". Esa podría ser una de las explicaciones que se da esta mujer religiosa, que vive "el Islam a cada momento", para las dimensiones extraordinarias del edificio de la nueva mezquita, como si ese contraste entre el tamaño del hombre y el tamaño de "la casa de Dios" tuviera que tener un correlato físico, más concreto que eso que dicen las escrituras. De todas maneras, Matsuma, como el resto de las mujeres reunidas en un salón de su modesta mezquita, desliza su desacuerdo con el reino de Arabia Saudita bajo cuya protección está la mezquita de Palermo: "Hay una paradoja en algunos países orientales donde los pueblos están adormecidos, que tienen un Islam que quedó en cuestiones de forma. Hay muchos lugares donde existe la *monarquía cuando en el Islam no existe* esa forma de gobierno".

Hay un recelo intermitente entre estas mujeres que cubren su cabeza con un pañuelo siguiendo la tradición que señala la religión que profesan. Es como si siempre estuvieran a la defensiva, como si estuvieran demasiado acostumbradas a comentarios que para ellas sólo son "fruto de la ignorancia y los prejuicios". "El pañuelo es una cuestión islámica –dice Matsuma–, tiene que ver con el recato de la mujer dentro de la sociedad. Si se analiza fuera de contexto, la sociedad puede ver en el pañuelo que la mujer está oprimida, que el hombre la maneja. Sería un análisis simplista y erróneo. Es lo mismo que pensar que la mujer que hace topless es una mujer libre de manipulaciones". Y cualquier mujer occidental sabe que no es así. Pero Zulema, una mujer de 37, sabe que es fácil hablar de simple recato cuando es posible elegir. En la comunidad musulmana de Buenos Aires, y en general en todo el país, las mujeres no sólo pueden optar por usar el pañuelo –ésa es la única denominación que usan para hablar de la forma en que se cubren la cabeza– cuando no están en la "casa de Dios", sino que además, ésa es una decisión a tomar cuando la religión, "el Islam es vivido con el suficiente coraje porque no es fácil; éste es *un país multicultural, pero hay culturas* que tienen privilegios que nosotras no tenemos". Zulema optó por el pañuelo siendo una persona adulta, con un trabajo fijo en un supermercado en el que fue supervisora durante 14 años. Y fue esa opción, la de hacer pública su condición de musulmana cubriendo su cabeza en todo momento, la que la dejó fuera de ese circuito laboral. "Me echaron de inmediato, no pude ni siquiera protestar. En la mezquita me dijeron que podía hacer juicio por discriminación, pero yo no soy de la idea de litigar porque para mí el único que puede juzgar es Dios". Ahora, esta mujer que apenas puede decir en voz alta que es divorciada de un hombre cincuenta años mayor que ella trabaja en una panadería árabe y ya no tiene que dar explicaciones sobre su atuendo. Pero "igual tengo problemas, por eso es una decisión difícil el pañuelo, nunca falta el que dice 'no es Carnaval para que andes disfrazada' o cosas mucho peores", dice.

"El Corán no considera que la mujer tenga que cambiar su vestimenta para evolucionar. Justamente es una protección y una valoración del cuerpo de la mujer. Su atuendo le da libertad para manejarse en la sociedad sin ser molestada, sin hacerse valer a través de su cuerpo, para evitar ese uso de la mujer objeto, la mujer muñeca", *explica Matsuma, que además de pañuelo* usa el hiyab, una larga túnica oscura que la cubre hasta los tobillos. El resto de las mujeres usan ropa holgada, pero pueden optar por las polleras a media pierna y camisas de manga larga. Así aceptan el pedido expreso de respetar la mezquita impreso en carteles que cuelgan en las salas de rezos. "La vestimenta se usa en la casa de Dios y delante de los hombres, después las mujeres vamos a la peluquería, nos maquillamos, tenemos todas las libertades de cualquiera. Delante de nuestros maridos y de todos aquellos que sean consaguíneos podemos estar sin pañuelo. Y por supuesto, entre mujeres no hace falta cubrirse".

DOTES, DIVORCIOS Y CONTRATOS

Aun cuando la tradición en los países musulmanes sea arreglar los matrimonios, la necesidad de integración de las segundas y terceras generaciones de inmigrantes de los países árabes han cambiado esa costumbre. "Siempre es mejor que la familia esté de acuerdo porque es importante para nosotras, pero no quiere decir que tengas que hacer lo que tu padre te dice, eso ya no es posible". Samira tiene 23, usa pañuelo blanco y sueña con tener su propia familia. Hace un tiempo estuvo enamorada de un "hermano católico" que conoció en un baile de un club árabe abierto a la comunidad y el rechazo de su familia terminó con el romance. "Podría haber luchado, pero preferí esperar, alguna vez se va a cumplir mi sueño".

"El Islam tiene un sistema muy interesante porque hay sabios, jurisconsultos que constantemente están estudiando el libro sagrado y pueden producir otras leyes en las que el intelecto y la razón son fundamentales. Habiendo este sistema de constante revisión se podría preguntar por qué el tema de la mujer no ha cambiado con los tiempos –reflexiona Matsuma–. Pero lo cierto es que la mujer musulmana, igual que la occidental, ha sufrido opresiones desde el principio de la cultura y libra una lucha permanente por su participación en la sociedad, porque el Corán sólo hace diferencias de roles, pero no de valor. Incluso hay algunas ventajas, por ejemplo el hombre está obligado a dejar lo que gana en la casa, es el deber de manutención. La mujer puede trabajar y no tiene ninguna obligación de entregar el dinero al marido o en la casa, puede usarlo para sí". Lo cierto es que el Corán, que tiene un extenso capítulo –o Sura– dedicado a las mujeres, ordena castigos para ellas, entiende que deben ser adquiridas mediante generosa dote –en caso de mujeres libres que en el *Corán es sinónimo de creyentes*– y que los hombres sin recursos tienen que tomar como esposas a las esclavas –pueden ser extranjeras o prisioneras de guerra– que cuentan con la única ventaja de recibir medio castigo cuando así lo merecieran. Los castigos están asociados sobre todo al adulterio, pero con la salvedad de que hay que comprobarlo mediante cuatro testigos. Según Matsuma, en nuestro país no es ley lo referido a castigos y contratos matrimoniales, pero hay otras costumbres que sí están en uso, por ejemplo el matrimonio temporario. Mariana, a los 24 y mientras sigue la carrera diplomática, se casó temporariamente con un hombre de la comunidad. En su caso el plazo fue de seis meses, un acuerdo al que llegó con su novio y que bendijeron ambas familias. Entre ellos pueden comportarse igual que cualquier pareja casada, sólo que al final del plazo tanto uno como otro podrán optar por seguir adelante o no, aunque la mayor parte de las veces la decisión corresponde al varón o al padre de la novia. Cuando hay hijos de un matrimonio temporario, el padre tiene la obligación de alimentarlo, pero si la pareja no funciona no tiene ninguna obligación para con la mujer. "Casarse es para toda la vida y a mí me parece bien probar, además si no funciona la mujer no es deshonrada".

El divorcio como la planificación familiar son aceptados y en el primer caso incluso reglamentado por el Corán que no exime nunca al hombre de mantener a la mujer "que se haya portado correctamente". A diferencia de otras religiones tradicionales, los musulmanes creen que hay vida humana no desde el mismo momento de la concepción sino después de que el embrión se formó y tiene aspecto humano por lo que hay menos restricciones en cuanto a la anticoncepción. El sexo es algo sagrado no por su función reproductora sino porque "cuando hay amor y dedicación de los amantes es posible encontrarse con Dios", como lo sintetiza Anina, de cuna iraní y profundamente agradecida a su marido porque le permite viajar cada año a visitar a su familia.

"Somos una comunidad grande y muy discriminada porque los medios de comunicación no son objetivos y los atentados nos mancharon a todos. Pero cada vez tenemos más actividad con otras religiones y todos los años nos reunimos con las hermanas cristianas de la Liga de Madres de Familia y a esa reunión también van las hermanas judías"; Matsuma cree en la integración, pero sabe que es difícil, como también supone que es difícil para "algunas hermanas judías cubrirse el pelo, porque ellas también lo hacen. Lo que pasa es que éste puede ser un país multicultural, pero hay privilegios y muchos prejuicios. Las monjas católicas pueden usar sus hábitos en la calle y nadie les dice nada. A nosotras en cambio nos dicen que nos saquemos el disfraz. ¿Por qué?". La pregunta, sin respuesta, queda flotando en la mezquita, es hora de las súplicas y ya no hay tiempo para palabras.



FOTOS: MALALA FONTAN

anas

Lejos de la imponente y flamante mezquita de Palermo, en otro templo de Floresta, un grupo de seguidoras del Islam explica qué creencias, qué actitudes y qué ideas tiene reservado el Corán para las mujeres. Sobre su forma de vestir, dicen que "el pañuelo es una cuestión islámica que tiene que ver con el recato de la mujer dentro de la sociedad. Si se analiza fuera de contexto, puede pensarse que el hombre la maneja, y eso sería un análisis simplista y erróneo".

mujeres vamos a la peluquería, nos maquillamos, tenemos todas las libertades de cualquiera. Delante de nuestros maridos y de todos aquellos que sean consaguíneos podemos estar sin pañuelo. Y por supuesto, entre mujeres no hace falta cubrirse".

DOTES, DIVORCIOS Y CONTRATOS

Aun cuando la tradición en los países musulmanes sea arreglar los matrimonios, la necesidad de integración de las segundas y terceras generaciones de inmigrantes de los países árabes han cambiado esa costumbre. "Siempre es mejor que la familia esté de acuerdo porque es importante para nosotras, pero no quiere decir que tengas que hacer lo que tu padre te dice, eso ya no es posible". Samira tiene 23, usa pañuelo blanco y sueña con tener su propia familia. Hace un tiempo estuvo enamorada de un "hermano católico" que conoció en un baile de un club árabe abierto a la comunidad y el rechazo de su familia terminó con el romance. "Podría haber luchado, pero preferí esperar, alguna vez se va a cumplir mi sueño".

"El Islam tiene un sistema muy interesante porque hay sabios, jurisconsultos que constantemente están estudiando el libro sagrado y pueden producir otras leyes en las que el intelecto y la razón son fundamentales. Habiendo este sistema de constante revisión se podría preguntar por qué el tema de la mujer no ha cambiado con los tiempos –reflexiona Matsuma–. Pero lo cierto es que la mujer musulmana, igual que la occidental, ha sufrido opresiones desde el principio de la cultura y libra una lucha permanente por su participación en la sociedad, porque el Corán sólo hace diferencias de roles, pero no de valor. Incluso hay algunas ventajas, por ejemplo el hombre está obligado a dejar lo que gana en la casa, es el deber de manutención. La mujer puede trabajar y no tiene ninguna obligación de entregar el dinero al marido o en la casa, puede usarlo para sí". Lo cierto es que el Corán, que tiene un extenso capítulo –o Sura– dedicado a las mujeres, ordena castigos para ellas, entiende que deben ser adquiridas mediante generosa dote –en caso de mujeres libres que en el Corán es sinónimo de creyentes– y que los hombres sin recursos tienen que tomar como esposas a las esclavas –pueden ser extranjeras o prisioneras de guerra– que cuentan con la única ventaja de recibir medio castigo cuando así lo merecieran. Los castigos están asociados sobre todo al adulterio, pero con la salvedad de que hay que comprobarlo mediante cuatro testigos. Según Matsuma, en nuestro país no es ley lo referido a castigos y contratos matrimoniales, pero hay otras costumbres que sí están en uso, por ejemplo el matrimonio temporario. Mariana, a los 24 y mientras sigue la carrera diplomática, se casó temporariamente con un hombre de la comunidad. En su caso el plazo fue de seis meses, un acuerdo al que llegó con su novio y que bendijeron ambas familias. Entre ellos pueden comportarse igual que cualquier pareja casada, sólo que al final del plazo tanto uno como otro podrán optar por seguir adelante o no, aunque la mayor parte de las veces la decisión corresponde al varón o al padre de la novia. Cuando hay hijos de un matrimonio temporario, el padre tiene la obligación de alimentarlo, pero si la pareja no funciona no tiene ninguna obligación para con la mujer. "Casarse es para toda la vida y a mí me parece bien probar, además si no funciona la mujer no es deshonrada".

El divorcio como la planificación familiar son aceptados y en el primer caso incluso reglamentado por el Corán que no exime nunca al hombre de mantener a la mujer "que se haya portado correctamente". A diferencia de otras religiones tradicionales, los musulmanes creen que hay vida humana no desde el mismo momento de la concepción sino después de que el embrión se formó y tiene aspecto humano por lo que hay menos restricciones en cuanto a la anticoncepción. El sexo es algo sagrado no por su función reproductora sino porque "cuando hay amor y dedicación de los amantes es posible encontrarse con Dios", como lo sintetiza Anina, de cuna iraní y profundamente agradecida a su marido porque le permite viajar cada año a visitar a su familia.

"Somos una comunidad grande y muy discriminada porque los medios de comunicación no son objetivos y los atentados nos mancharon a todos. Pero cada vez tenemos más actividad con otras religiones y todos los años nos reunimos con las hermanas cristianas de la Liga de Madres de Familia y a esa reunión también van las hermanas judías"; Matsuma cree en la integración, pero sabe que es difícil, como también supone que es difícil para "algunas hermanas judías cubrirse el pelo, porque ellas también lo hacen. Lo que pasa es que éste puede ser un país multicultural, pero hay privilegios y muchos prejuicios. Las monjas católicas pueden usar sus hábitos en la calle y nadie les dice nada. A nosotras en cambio nos dicen que nos saquemos el disfraz. ¿Por qué?". La pregunta, sin respuesta, queda flotando en la mezquita, es hora de las súplicas y ya no hay tiempo para palabras.

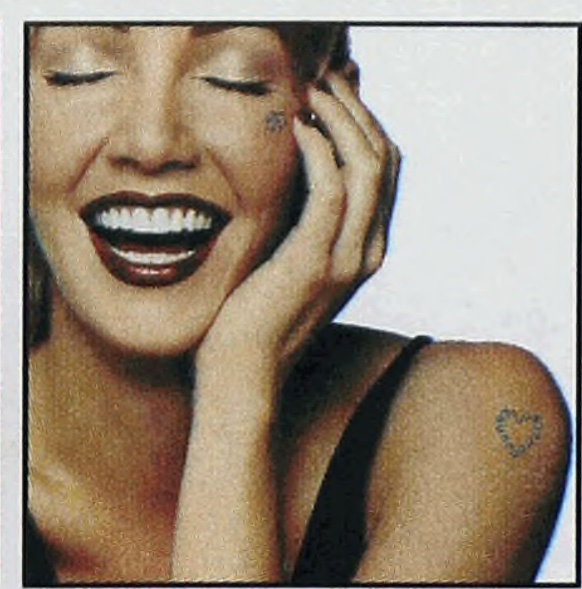
LO NUEVO *lo raro* LO ÚTIL



Rochas

Creada en 1922, la Casa Rochas es una de las grandes marcas de la alta costura, aunque desde 1936 su nombre se asocia fundamentalmente a la perfumería. El vuelco tuvo como musa inspiradora a Hélène, esposa de Marcel Rochas, a quien le fue dedicada la fragancia Femme, que medio siglo después sigue siendo una favorita. Pero a las clásicas se van sumando nuevas fragancias: ahora llega Lumière, un perfume "erótico y fresco", según sus creadores, en cuya base hay vainilla, sándalo y almizcle, en cuyo corazón hay rosa y albaricoque, mientras que en su cabeza se explayan la madreselva y el lirio del valle. El frasco es minimalista, puro y simple.

PROMOS



Con descuentos importantes, Marta Harff propone sets de regalo para el Día de la Madre. Un jabón de tocador Gardenia, una colonia, una emulsión y una espuma de baño de la misma línea es una de las opciones. Otra está compuesta por un gel de coco hidratante, un body cream Caléndula más un jabón de coco. Por su parte, con la compra de cualquiera de sus productos, Revlon propone participar de un concurso para un superregalo: una noche en el Hotel Park Hyatt, un anillo de Homero, una prenda Karina Rabollini, una orden de compra en Ricky Sarkany y varias cosas más. L`Oreal, en tanto, regala, con la compra de un labial y un esmalte, una cajita con cristales Swarovsky para aplicar como tatuajes.





DESFILE

Inés Ricur vuelve al ruedo con una colección de primavera muy chispeante. Los colores son el naranja superfuerte, el lila, el oliva, aunque no faltan los clásicos marrones. Como es costumbre, la diseñadora abarca un arco que va desde las formas más simples hasta las más sexies. La tendencia: vichy y lunares.







Schapiro

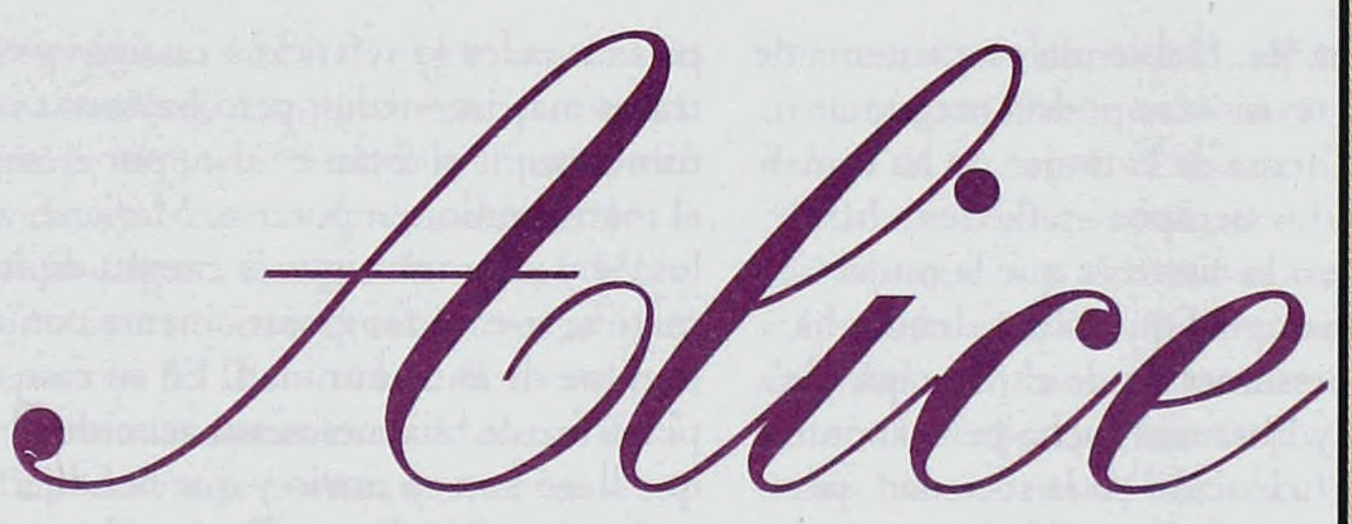
Fue inaugurada y se puede visitar hasta el 14 de octubre, en la galería de arte Atica (Libertad 1240, PB 9), la muestra de esculturas, objetos e instalaciones de la artista plástica Mariana Schapiro, quien trabajó e investigó la idea del puente, la transición entre un lugar y otro, la esperanza del movimiento.





Creadores de moda

Con el auspicio de Hinds, se realizó en Museum el concurso internacional Des jeunes Créateurs de Mode, organizado por Air France en una iniciativa conjunta entre Japón y la Federación Francesa de Anta Costura. Participaron alumnos de distintas carreras de diseño. Ganó Miriam NUñez, egresada de la Universidad de Palermo.



Alice

Lewis Carroll y su fantástica Alicia sirven este año de disparador para la colección veraniega de Helena Rubinstein. El dejo surrealista y desopilante del personaje es una excusa para nombrar a este conjunto de productos de colores fuertes, pops, de esos que adoran las niñas. Violetas, rojos, naranjas (el must del verano 01), fucsias, lilas, en labios, párpados y uñas.



Cursos

En la Asociación Amigos del Museo Nacional de Bellas Artes se inician en octubre diversos cursos para los que está abierta la inscripción. "De El Greco a Velázquez: las artes en España y en América", "Arte y vanguardia en el siglo XX" o "El cine como testigo en la historia de las ciudades", son algunos de ellos. Para más información, llamar al 4803-4062 o al 4804-9290.



Pelo teñido

La nueva variedad de Sedal es el Color Vital, una fórmula con Alpha Nitrium especialmente desarrollada para restaurar y revitalizar el pelo teñido. La coloración hace que se pierdan las proteínas esenciales del pelo, dejándolo menos sensible y humectado. Este champú promete mantener el color y las propiedades del pelo sano.

desfile en el cabaret

La diseñadora Sol Suide presentó su colección de veranito en un cabaret de la calle Córdoba, en el que las luces rojas y las pseudoconejitas que deambulaban por la barra dieron un marco muy, muy poco fashion al evento.



Por lo general, en esta época del año las agendas de los lugares chic están absolutamente ocupadas con todo tipo de eventos: desfiles, desfiles, y más desfiles, cada uno intentando ser más exclusivo y sofisticado que los demás. Será por eso, entonces, que la diseñadora Sol Suide eligió respetar la norma, pero a medias. Aclaremos: hizo, sí, el desfile para presentar su colección de veranito, pero la variación fundamental fue el marco en que lo realizó: un cabaret (una elección que, seguramente, no fue inocente ni mera provocación, o, por lo menos, merece no ser tomado de manera tan simple) para la puesta en escena y para el espíritu que pidió a sus modelos.

CASCOS LIGEROS

La atmósfera del cabaret de la calle Córdoba parecía no haber sido modificada un ápice, o, al menos, cuadraba perfectamente con la idea de que cualquier hijo de vecino puede tener de uno: media luz (rojiza), conversaciones apagadas por alfombras pesadas, chicas vestidas como conejitas de *Playboy* de entrecasa atendiendo la barra, algunos señores con traje y cara de valijeros, copas de champagne en circulación. Claro que ciertos detalles resonaban ajenos, y, de alguna manera, volvían a recordar el evento, como las cámaras de televisión, las y los cronistas, y el cartel que presidía el pequeño escenario ("Sol Suide" escrito en aerosol, colgando de cadenas doradas, y con la A de anarquía en el medio). Sin embargo, al iniciarse el desfile, la música abandonó toda la amabilidad que había sabido tener e inauguró el concepto que iba a mantener hasta el final, es decir, un impacto basado en cierta actitud de *rrriot girrrl* (algo así como chicas aguerridas). Digamos que de un momento a otro, todo se oscureció, y, mientras el dibujo a-go-gó del fondo del escenario mutaba, un reflector siguió las primeras pasadas con canciones de Mötley Crue (el clásico "Girls, girls, girls") y similares.

La colección de Suide se caracteriza, en líneas generales, por una mezcla de vinilo innegablemente S/M, géneros estampados con flores '80, muchas lentejuelas, algunos motivos psicodélicos, y accesorios entre infantiles y lúdicos (como las pequeñas carteras bordadas en perlitas plásticas). Obviamente, como indican las primeras prendas aparecidas en los percheros, las tachas son el detalle absoluto de la temporada, y Sol las instaló en polleras desgarradas (una versión pseudoporno del estilo country), y jeans con florcitas naïf. De las modelos, la más jugada fue, lejos, la actriz Alejandra Majluf, que tanto con plataformas imposibles (los zapatos eran de Valeria Leik) como con tacos casi stiletto no podía evitar extender sus coreografías siempre un poco más, y siempre disfrutándolo. Carolina Peleritti, en cambio, personificaba otro estilo de chica-Suide, una suerte de vamp contenida pero a punto de desbordar, llevaba los soleros inspirados en los '50 o polleras neohippies (confeccionadas con todas las combinaciones posibles de retazos) con tops bordados en lentejuelas.

Cuando ya habían pasado las transparencias (con estampados Ingalls o negras y combinadas con vinilo), el equipo en lamé dorado, los superpuestos en telas tornasoladas, y mucho top de espaldas descubiertas, era momento de cerrar el desfile. Sonaba el himno de los Sex Pistols ("Anarchy in UK") a todo volumen, y de un momento al otro, falda larga en tul lila, medias de red agujereadas, extensiones verdes sobre su pelo rubísimo, Suide se trepó al microescenario micrófono en mano, y, convocando a sus modelos a sumarse a un auténtico pogo, dedicó un enérgico playback a la concurrencia. Las chicas, claro, sólo quieren divertirse. *

ARTE

Cualquiera puede pintar



POR ROMINA BRAISTRR

En 1984, cuando Gumier Maier vio la carpeta de trabajos de Fernanda Laguna, pensó: "O esto es de una chica que está gagá, o es de una chica que está loca". Conscientemente influenciadas por la gente de la tercera edad (suerte de operación dadá-gagá-jajá que le da a sus creaciones una aproximación sumamente personal) y por el delirio que le generan ciertas situaciones de su vida sentimental), las creaciones de Fernanda Laguna, colgadas nuevamente de las paredes de la galería del C.C. Rojas en una nueva e insólita exposición individual, siguen generando desconcierto. Mientras atiende en Belleza y Felicidad, regalería y tienda de variedades que en menos de dos años de vida ya ha alcanzado una dimensión casi mítica, Fernanda comenta que "mientras estaba colgando la muestra, una señora, que seguramente no sabía que yo era la autora, vio las obras y dijo: '¡Qué infantil!'. Al rato, otra señora preguntó: '¿De qué curso es esto?'. Para mí es terrible que me digan que soy infantil, porque yo no me siento así". De hecho, Fernanda reconoce a su venerada abuela Amalia Bondoni, una modista que falleció hace cuatro años, como su principal influencia. "A mí me interesan mucho las señoras mayores: aprendo mucho de ellas." Realizados con elementos poco convencionales, los collages de Fernanda tienen una actitud bastante punk: aunque aquello de rescatar las flores del tacho de la basura se convierta aquí en "usar todo lo que está en la mesa o, a lo sumo, todo lo que está al alcance de la mano: nunca compro materiales especialmente". De esta forma, el formato de sus 'cuadros' puede ser una hoja cualquiera y, sobre su superficie, se pueden encontrar calcomanías de Kitty, lana, papel glacé, gibré, algodón, pedacitos de ramas secas, botones, gomitas, brillantinas, elástico, algodón, papel higiénico o hasta un bollito de cera de depilar: cualquier cosa.

Su radical propuesta estética puede entonces resultar chocante. Pero aunque la intención de desafiar queda clara desde el vamos, una no sabe qué pensar al leer leyendas como "Podría dibujar mejor pero no quiero", o ante las ingenuas declaraciones de amor no correspondido que se suceden en un acto de exhibicionismo que puede generar reacciones diversas. Aquí no hay lugar a la indiferencia y la distancia que suelen provocar las exposiciones de obras de arte: sea cual sea la reacción, la implicación que generan estas obras es total.



En el Centro Cultural Rojas se inauguró esta semana la nueva muestra de Fernanda Laguna. En ella, una leyenda indica "Podría dibujar mejor pero no quiero". La obra destila tanta inocencia que es imposible no pensarla como provocación: un desafío de papel glacé.

Con su estilo harapiento, suerte de punk naïf feminista ("puede ser, como vos decís, que sea un poco punk, pero a lo sumo es un punk tímido", dice), las obras de esta egresada de la Escuela Prilidiano Pueyrredón buscan desacralizar el arte no mediante las burlas o gastados gestos dadaístas sino mediante una sobredosis de ternura que termina desarmando cualquier crítica convencional, porque, en definitiva, nos guste o no, esta instalación tiene su propia lógica y a su manera se trata de una muestra de arte conceptual, que requiere de una activa participación del que la ve. En contacto con estos mamarrachos no se puede evitar pensar en esas cajas en las que las adolescentes guardaban sus recuerdos más íntimos. "Es cierto, es como colgar esas cosas que están en esa caja en la que se guarda todo. A veces esas cosas son medio horribles, pero siempre son cosas muy tiernas, que tienen algo de indestructible." Así, entre las obras aparece el nombre de un chico amado, y hasta una foto carnet del chico de sus sueños: "En todo eso hay una suerte de embrujo, algo mágico: cuando una escribe el nombre de la persona amada es como si pudiera atraparla a través de ese objeto. De alguna manera, yo pienso que logro hipnotizar a la gente, pero que lo logro a largo plazo, cuando ya es demasiado tarde. Como si ese poder se activara cuando me olvido de mi deseo". Entre el deseo y el rechazo, la seducción y el olvido, siempre aparece el sentido del humor que Fernanda encuentra en estas situaciones de su vida sentimental. A través de la ambigüedad que les da el humor (viendo la muestra, una no puede dejar de preguntarse qué es lo que está hecho en serio y cuánto hay de broma salvaje), esas situaciones adquieren otra dimensión. Con sus confesiones antiestéticas, las obras de Fernanda logran así interrogarnos no sólo sobre qué es el arte sino también sobre cómo percibimos las mujeres nuestros propios sentimientos. Todas estas situaciones expresadas a través de las obras tienen en común un estado de adoración, de fascinación, y, al estar todos juntos, logran trascender el objeto de deseo (o los objetos de deseo) para regodearse en su propio fanatismo sentimental. "Para mí –admite Fernanda–, el estado más increíble es el de fan. Yo sé que suena mal decir que alguien es 'fan', pero a mí me encanta ese estado, cuando hay algo que no lo comprendés mucho y lo adorás. A mí me interesa buscar esos lugares oscuros en los que pueda volver a perderme."

De esta forma, al encontrar tanto deleite en la situación en sí de ser adoradora, de ser una fan fatal, la muestra de Fernanda invierte sutilmente la situación: en vez de avergonzarse de que su hipersensibilidad femenina se exprese de una forma tan kitsch, ella exhibe, con orgullo casi desafiante, en las paredes de un espacio de arte, toda su incontrolable pasión femenina.

Gloria Gonzalo tiene 47 años y desde hace treinta es enfermera en Valle Azul, un pueblo de mil habitantes cercado por el río Negro. Referente importante de la comunidad en la que vive, Gloria se queja de "cansancio, mucho cansancio": estando en su puesto o en su casa, su puerta es la primera que se toca ante emergencias. Pero en toda su vida sólo salió tres veces de Valle Azul.



SANDRA CARTASSO

ENSUPUESTO

POR M.D.

El delantal blanco, sobre su pecho, forma una especie de mesita. De esa canaleta invisible bajo los botones, saca el pañuelo y lo vuelve a guardar, saca una cruz que toca cada tanto, cada vez que cuenta algo trágico, y la vuelve a guardar, lo cubre con una mantilla a modo de discreta carpeta. Es una mujer de cuerpo generoso que, cuando puede, descansa las manos sobre el escote como si tuviera que retener un corazón que, dice, "anda siempre a los saltos". Nació hace 47 años, a metros de donde ahora trabaja, en un pueblo de mil habitantes cercado por el río Negro y líneas de álamos que se pierden en el horizonte. Por esta época, las chacras de frutales están en flor y por ese color uniforme de los pétalos que se desprenden por el viento, ella reconoce a qué fruta pertenecen. "Esas rosadas intensas son de fruta de carozo, pelones, que son los más ricos. La manzana suele tener flor blanca, pero a esta altura ya no está florecida, lo que se ve son peras." Gloria Gonzalo sabe de árboles frutales lo que aprendió por experiencia propia, por colarse de chica entre las hileras para robar manzanas, por haber trabajado alguna vez en la cosecha, como casi todos en su pueblo, Valle Azul. Pero su vocación, su verdadero saber, es la enfermería. Hace treinta años que se dedica a eso y aunque ahora repita que está "cansada, muy cansada", sabe que no podría vivir de otra manera, que nunca dejaría de venir a la salita que muestra orgullosa como el Centro Comunitario de Salud. Por supuesto, los dos consultorios y la sala de espera, que durante casi toda la semana tienen como único profesional a cargo a Gloria, está en el centro cívico del poblado. A sus costados, rodeando un terreno liso y vacío que podría ser la plaza, están la comisaría, la escuela y el museo. "¿Sabés lo que pasa? Que una con la edad ya no tiene la misma energía, yo tengo una compañera jovencita, ¿viste? Y claro, a ella se la ve con voluntad, pero tiene un bebé hermoso y ahora estoy sola otra vez en la salita." Y estar sola significa hacerse cargo de la gente que viene a una consulta –que ella anota para darle un parte completo cuando llega el médico, los miércoles– dentro de su horario de trabajo, y también a los que golpean la puerta de su casa a cualquier hora con urgencias de las que apenas puede hacerse cargo. "¡Dios mío querido, te vienen con cada cosa que a veces no sé, no sé de dónde voy a sacar coraje! Porque la gente se cree que una no es humana, que podés ver cualquier cosa, y no es así." Gloria vuelve al gesto de las manos sobre el pecho y revolea los ojos como buscando inspiración para explicar lo que para ella es el espanto cotidiano. "¡Imaginate! Me vienen a buscar porque un hombre se cortó la mano con la motosierra –se le aflauta la voz, suspira, saca otra vez el pañuelito del escote y simula secarse la respiración–, y yo salí carpiendo, pero me latía el corazón, porque lo traían todo envuelto, lleno de sangre, y vos empezás a desenvolver eso y no sabés con qué te vas a encontrar. ¿Y si le sacaba las toallas y no tenía la mano? ¿Qué hago?"

Aunque haga la pregunta, siempre sabe qué hacer. O por lo menos lo improvisa. Dice que a "esta altura de su vida" ya sabe hacer diagnósticos y casi siempre acierta. Es que Valle Azul hasta hace escaso un mes estaba aislado. Para cruzar el río Negro había que tomar una balsa, siempre demasiado lenta para las urgencias y hacer 35 kilómetros por camino de ripio para llegar al hospital más cercano. El médico atiende en la salita una vez por semana y otra la partera. Ahora que se inauguró el puente que une el Valle Medio con el Alto Valle patagónico, las comunicaciones se hicieron más fluidas, pero nunca tanto como para eximir a Gloria de los primeros cuidados de las urgencias. "La otra vez vino un papá con una nena chiquita que se había rajado la boca hasta la oreja casi. Y se ve que el señor me vio la cara de susto, porque me dijo: '¿Qué? ¿No la va a atender?'. Y yo, claro que la voy a atender, pero el susto y la preocupación es la misma. Yo lo único que puedo hacer es limpiar la herida, poner apósitos y acompañar al hospital en la ambulancia." La ambulancia que maneja su marido, porque "en la familia todos trabajamos para la salud pública". Sin embargo, poner apósitos no es lo único que sabe hacer. Su intuición se afinó al punto de que es capaz de captar el problema al primer síntoma. "Otra vez vino un chico a decirme que la mamá empezó a ahogarse, que no podía respirar. El chiquito estaba tan asustado que me dio un vuelco el corazón, lo escuché y dije, ¡edema de glotis! Saqué el Decadrón y me fui corriendo. Y era nomás, era." Ella no lo dice, pero a esa mujer le salvó la vida. De hecho su bautismo como enfermera, aun antes que se recibiera oficialmente, fue transitando un borde entre la vida y la muerte. Fue hace 30 años, cuando ella era una joven de 17 que se dejó conquistar por el chofer de la ambulancia y accedió a acompañarlo hasta Villa Regina a llevar a una señora que estaba de parto. El hermano de Gloria también era enfermero y ella más de una vez lo había visto sacar esa cajita en la que llevaba instrumental para atender a alguien. En ese momento no estaba en el pueblo y por eso Gloria sugirió que la llevaran, por las dudas. Y las dudas fueron certezas: la mujer empezó su alumbramiento en la ambulancia y Gloria la atendió como si fuera una experta –"siempre con el mismo susto por dentro"–, aunque algo faltaba. "El niñito había nacido varón, precioso, y le pincé el cordón como había visto hacer a mi hermano, ¡pero no tenía tijera para cortarlo! Y bueno, lo llevamos así dije, pero justo paró un auto de turistas y les pedí una tijera, una común y con eso cortamos el cordón, ¡pero era una de tierra!". Tierra como la que se levanta hacia cualquier lugar donde se mire en ese poblado rodeado de horizonte.

Gloria insiste en que está cansada y quiere vacaciones. En sus 47 años sólo salió tres veces de su pueblo y una vez, para su luna de miel, vio el mar en la costa de Bahía Blanca. La única manera de descansar es irse de su pueblo, si no su puerta es la primera que se golpea en las emergencias, como desde hace 30 años. Y ella ya no quiere "lidiar siempre con los mismos problemas. Algunos se han ido resolviendo, ahora hay menos curanderos, antes eran una plaga y no dejaban vacunar a los chicos. Eso lo hice yo, casa por casa, para que se vacunen. Pero, créase o no, uno de los peores problemas que tenemos es que los curanderos, que hacen algunas cosas buenas como el paico yuyo para el empacho, lo arruinan porque lo dejan fermentar; si al menos aprendieran a conservar sus brebajes, sería mucho mejor". Ese es su trabajo, atender a los enfermos y también prevenir. Y aunque diga y repita que su edad no la deja "caminar las casas como antes", tampoco se imagina la vida de otra manera, lejos de su salita y su delantal blanco.

LA JUEZ

POR SANDRA CHAHER Y BEATRIZ KOHEN

Tengo 82 años", dice coqueta la doctora María Luisa Walger, la primera jueza argentina. No precisa trucos seductores. Tiene ideas fuertes, no siempre bien recibidas por las mujeres feministas ni por sus colegas hombres. Pero María Luisa Anastasi –Walger es su apellido de casada– dio batalla siempre desde un lugar original y no premeditado: afirma que no hay diferencias de género, o no debería haberlas. Llevó adelante esta premisa en forma tácita a lo largo de su carrera judicial y en el ejercicio liberal de la profesión; y, aunque sus conceptos aparenten estar lejos de los derechos femeninos, lo suyo es el ejercicio de una lógica pragmática que se niega a ser encasillada.

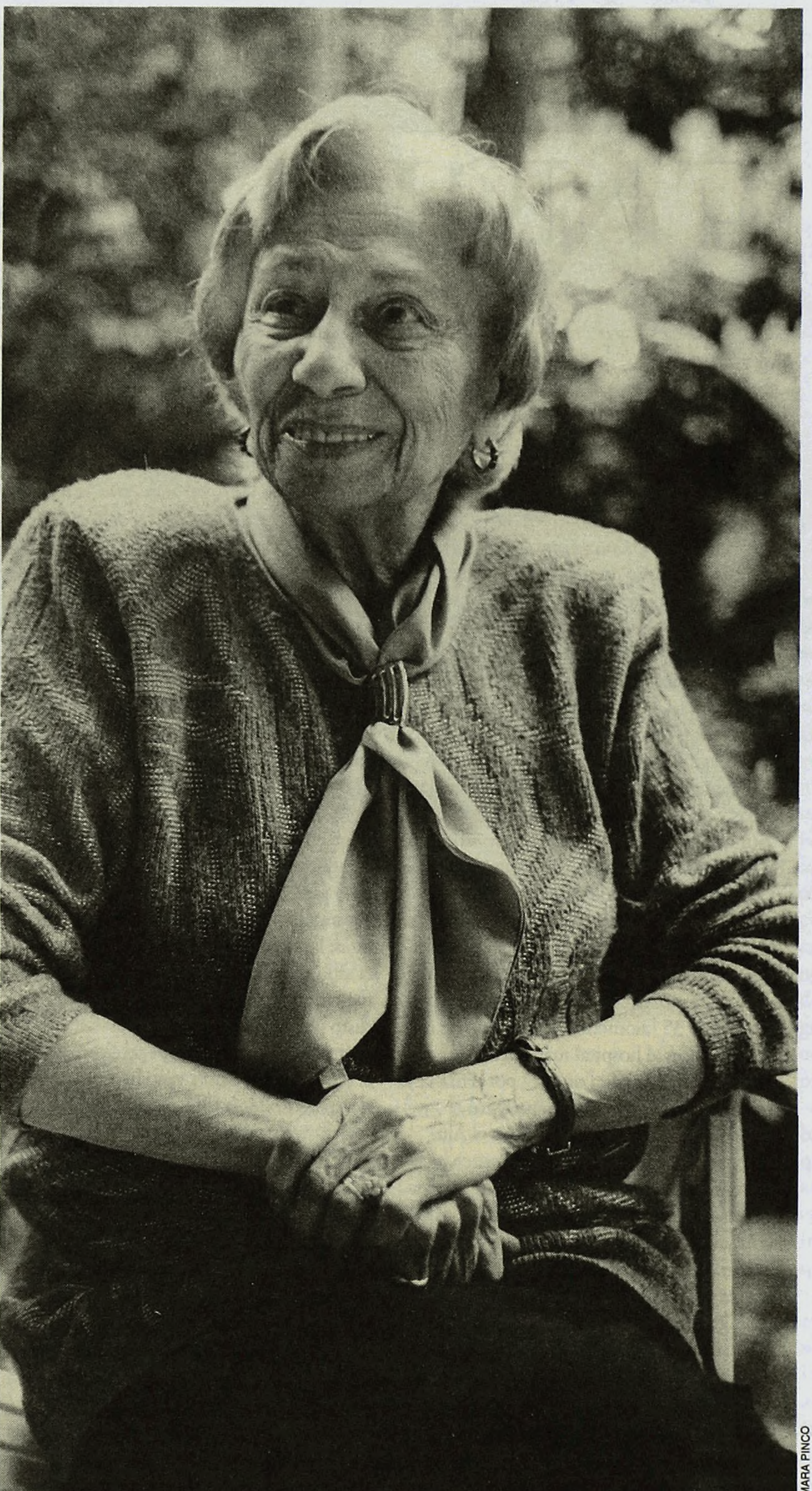
A fines de 1955 fue nombrada jueza de primera instancia por la Revolución Libertadora y en 1967 pasó a la Cámara Civil, al puesto que dejaba vacante Margarita Argúas, la segunda jueza que tuvo el país y la única en llegar a la Corte Suprema de Justicia de la Nación. "Yo siempre estuve en el fuero civil, pero a mí no me digas 'jueza' porque para mí no existe esa palabra. Es 'el juez' o 'la juez', lo que pasa es que se ha generalizado 'la jueza', pero a mí me choca mucho". Sus definiciones son tajantes, pero acompañadas de una sonrisa que las reblandece. Y también son factibles de revisión.

–Cuando asumió, ¿hacía poco que se había recibido?

–No, no. Yo me había recibido a los 22 y me nombraron, creo, a los 37. Ya tenía ejercicio de la profesión, en el fuero civil sobre todo, porque el estudio donde trabajé accidentalmente se dedicaba más a civil. Era una época muy difícil, estaba Perón, con quien el abogado con quien yo estaba no acordaba mucho y entonces no era un estudio que se moviera demasiado. Yo sabía lo que era ir a una secretaría, preguntar y revisar un expediente. Pero no me aportó demasiado, no fue una práctica intensa la que pude hacer. Además, yo compartía la postura de mi abogado.

–Su papá fue diputado por el radicalismo.

–Sí, dos veces, y murió siendo diputado. Y según dicen fue el diputado más joven que hubo y por eso le decían "el pollo Anastasi".



TAMARA PINCO

–¿Cómo imaginaba su carrera judicial antes de ese nombramiento que la toma de sorpresa?

–Yo tengo una postura bastante extraña. No recuerdo el pasado, me aburre muchísimo hablar del pasado y no tengo tampoco proyectos de futuro... bueno, ahora es lógico que no los tenga, pero nunca me ha preocupado demasiado. He sido más bien del presente. No sé si es bueno o malo, es como lo he vivido yo.

–¿Por qué la aburre el pasado?

–Tendría que planteármelo. Depende de qué me quiera acordar, pero esa gente que vive en el pasado y siempre añorando lo mejor y todo lo demás, ¿qué querés que te diga? Hay bueno y malo en todas las etapas, en el pasado, en el presente y en el futuro.

–¿A qué edad tuvo a sus hijos?

–Y mirá, yo me casé y después di las últimas ocho materias. Entonces nacieron Silvina, Luisa y mi hijo varón.

–¿Cómo era en esa época el ejercicio de la profesión paralelo a la maternidad?

–Bueno, a mí no me incomodó para nada. Supongo, ahora pienso, que a los chicos los puede haber incomodado, porque a lo mejor yo no les dedicaba todo el tiempo necesario. Sí les dedicaba los fines de semana enteros, pero a veces no basta. Mi marido, por ejemplo, me dejaba a mí en el juzgado y los llevaba al colegio él. A lo mejor él cooperó más.

–Un modelo de hombre para esa época.

–Sí. Además nunca se opuso a mi profesión.

–¿A qué se dedicaba él?

–Siempre en empresas, fue gerente. ¿Viste los calefones Rheem? Bueno, ésos los inventó él.

–Margarita Argúas, que fue su docente, ¿fue un modelo para usted?

–La encontraba monísima. Me encantaba porque era muy bonita, con piernas muy lindas. Yo le miraba todo eso. Y era muy interesante. Para mí, calculá, éramos tres mujeres solamente dando examen en la facultad y la que me tomaba era una profesora mujer, inteligente; yo tenía admiración por ella, sentía afinidad, porque decía "esta mujer empezó mucho antes que yo". Ella significaba mucho. Se había recibido de abogada cuando no había casi ninguna mujer con ese título. En el '26 ya había escrito un libro. Me acuerdo de que cuando la nombraron camarista, que yo era juez de

María Luisa Walger tiene 82 años y dice que no le gusta hablar del pasado, que siempre fue "una mujer del presente". Fue la primera jueza del país, nombrada por la Revolución Libertadora. Aunque ella, que no comulga con ideas de género, afirma que fue "el juez" o "la juez". En desacuerdo con el cupo, la doctora Walger es una señora que ha batallado por su lugar, lo ha conseguido y no tiene pelos en la lengua.

primera instancia, vino a mi despacho porque quería ir al baño y no se animaba a ir al de la Cámara porque estaba lleno de varones. Y cuando a mí me nombraron en la Cámara, los otros jueces decían "Bueno, por fin, vamos a poder decir malas palabras, porque Margarita...". Yo estuve sola en la Cámara también y los camaristas no querían que yo fuera ahí; pero no porque fuera mujer, sino que decían que yo era muy peleadora, muy rebelde.

–¿Qué edad tenía cuando empezó a estudiar Derecho? Porque terminó tan pronto que se debe haber decidido muy temprano.

–Yo te diría que no lo decidí, eso sí lo he pensado muchas veces. Yo tuve una relación muy particular con mi padre, de mucha afinidad, y él siempre me decía "Vos vas a ser abogada" y yo fui incorporando eso, evidentemente. El era abogado, y muy bueno. Pero a lo largo del tiempo y mirando para atrás, me doy cuenta de que a lo mejor yo hubiera elegido otra cosa: filosofía, sociología, qué sé yo. En realidad creo que fue un mandato que no interpreté como tal en su momento. Porque él quería un varón parece, siempre esa historia de los varones. Y nací yo, y no era varón. Entonces quiso una abogada.

–Como resultado de su experiencia profesional, ¿considera que el lugar social que se les asignó a las mujeres es igual al de los hombres? En los divorcios, por ejemplo, es bastante común que las mujeres salgan jorobadas, aunque hayan trabajado siempre, porque el dinero lo siguen manejando los hombres.

–No siempre. Mi experiencia profesional fuera del juzgado con las clientas mujeres es más bien negativa. Quieren destruir al hombre, aunque ellas hayan sido las que pidieron el divorcio. El hombre te diría que es más amplio, aunque hay tipos que también son de terror. Pero yo te voy a confesar algo: yo también odio manejar el dinero, que lo maneje mi marido, es una decisión mía. Yo no sé cuánto gasté en esto, en aquello, y trato de no saberlo además (se ríe). No me gusta, y soy una pésima administradora.

–Pero una cosa es decidir, y acatar.

–Es cierto eso. Pero a veces es la mujer misma que se autodiscrimina, hay como cierta sumisión.

–¿Y usted reconoce en este rol más sumiso de la mujer a un sujeto legal con necesidad de protección?

–Bueno, yo creo que cuando una mujer no tiene una profesión ni ingresos, y llega a un divorcio, lo lógico es lograr para ella –cuyo divorcio se produce generalmente en una etapa de la vida en que no creo que encuentre otro hombre– que tenga un ingreso que se lo dé ese marido al que ha apoyado durante 25, 30 años. Aunque depende, porque cuando no tienen hijos, sabés que no tienen derecho a alimentos. Pero yo he tratado siempre de lograr eso.

–Para que las mujeres ocupen espacios de poder, en muchos países, y ahora también aquí, se recurrió al cupo, ¿qué opina del tema?

–Eso del cupo es discriminación, porque se exige que haya tantas mujeres en una lista. Me parece bien porque es una manera de que la mujer llegue, pero no te creas, eh, a la mujer también le ha gustado mucho el papel de geisha acá, de no hacer nada y que te mantengan.

–Usted fue nombrada por un gobierno de facto y se fue porque el peronismo, en el '73, no le dio el acuerdo. ¿Por qué cree que la nombró la Libertadora?

–Yo creo que querían anotarse un poroto. Daba buena imagen designar a una mujer y yo tenía un viejo amigo que estaba en el Ministerio de Justicia y me recomendó.

–¿Alguna vez la presionaron con un fallo?

–No, nunca. (Se hace un silencio, y su marido, que anda dando vueltas, dice: "Vamos, sí que te presionaron. ¿No te acordás?". Pero María Luisa ni lo mira y evita seguir con el tema.)

–¿En qué casos jurídicos votó en disidencia?

–Un tema que a mí me interesa mucho es el de la sociedad de hecho de la concubina. Yo tuve dos o tres casos así como jueza y en la profesión, de separaciones en que se reclamaba una indemnización, y yo siempre les hice lugar, cuando había elementos. En este caso que recuerdo, los había, porque ella había trabajado con él para hacer progresar un hotel. Ahora, no me acuerdo cómo fue la votación. Si yo tuve el primer voto y los demás adhirieron a mi postura, o yo voté en disidencia.



El whisky

POR S.R.

Es desalentador primero sospechar y después confirmar que ese tipo simpático, sociable, entrador y de buena charla con el que salimos desde hace un par de meses es, antes que todo eso, un simple whisky, es decir, uno de esos sujetos imbuidos de esa pobre ambición social que los hace adorar codearse con famosos y salir en las fotos junto a ellos: es decir, dejar constancia, apropiarse por la ósmosis de la cercanía en una imagen del halo de gracia con la que a él se le antoja que están bendecidos todos los que salen en la tele o las revistas.

Claro que hay whiskies de diferente estrato cultural y de diferentes inquietudes y, en virtud de eso, variarán los escenarios y el tipo de flash al que el whisky no le hará asco y le imprimirá su mejor sonrisa. El whisky plástico, por ejemplo, nos llevará de vernissage en vernissage y, mientras nosotras vamos contemplando instalaciones, esculturas y óleos, mientras bebemos los vinitos y degustamos los canapés que servirán los mozos de rigor, lo perderemos de vista y al fin lo encontraremos al lado del artista, o tal vez a sus espaldas, mientras los chasiretes de *Noticias* intentan correrlo para que en la foto queden el pintor y una modelito ascendente que vio luz y subió.

Si el whisky que nos ha tocado se inclina por la política, seguramente lo hace por la oficialista y sus favoritos contertulios son funcionarios de cuarta o quinta línea a los que él no para de darles lata después de la inauguración de la nueva salita de primeros auxilios de Lugano, en el acto de renovación de una plaza de Parque Patricios o en los festejos por la instalación de un flamante semáforo en una esquina conflictiva de Paternal. Al día siguiente, nuestro hombre nos mostrará alborozado la foto epígrafe del diario en el que, borroso pero sonriente, él escolta al funcionario con el que dice, misterioso, que quedó en verse pronto.

Los peores whiskies, naturalmente, son los cholulos fidedignos, o sea los que pierden la chaveta por la farándula. Esos nos llevarán a comer a Fechoría o a bailar a El Divino, nos enchufarán en una butaca de cine en cuanta première puedan colarse mientras ellos siguen con la mirada a los noteros de la tele con un bocadillo preparado por si tienen la suerte de ser interrogados acerca de las cuestiones trascendentes de estos casos: algo así como qué hay de nuevo, viejo. Su afición a los famosos puede devenir de un curso de teatro que hizo cuando dejó la facultad, o simplemente de su adicción incondicional a la pantalla. Si algún actor de esos que salen en *Caras* llega a reconocerlo y a saludarlo, nuestro whisky no se despegará de él, presa de una excitación que nosotras, queridas, jamás podremos despertarle.

Sea cual fuere su submundo de baba preferido, le bastará con que la fama de un amigote haya desbordado el barrio para adorarlo, venerarlo y atormentarlo con una invitación a cenar. Esa noche no sólo deberemos esforzarnos con el menú: habrá que tener la cámara preparada para el bochorno de las fotos de recuerdo que insistirá en sacarse en el living, en el balcón, en la cocina, y para las que, si no lo detenemos con nuestra mirada más cortante, querrá hacer cambio de vestuario y todo. La vida con un whisky es imposible si no se participa al menos en un pequeño porcentaje de su entidad de Zelig. Hay que apañarlo, acompañarlo, darle crédito y, además, hay que ser cómplice en ese código según el cual "la gente que llegó" llegó a algún lado. Digan la verdad: ¿no las seduce ni un poquito tener un novio que es amigo del tío del cuñado de una celebridad?

El suplicio de una madre

TALK SHOW POR MOIRA SOTO

Cuando Grace Santos descubre que está embarazada, el mundo parece sonreírle de oreja a oreja. Al menos, su mundo real y cotidiano: el marido –conductor del programa que ella produce–, los compañeros de tareas, las futuras abuelas, reciben encantados la noticia... Se diría que la beba en camino refrenda el lugar común acerca de que los hijos completan la felicidad de la pareja. Naturalmente, Grace prosigue trabajando durante el embarazo, y además sube el rating poniéndose delante de las cámaras y haciendo partícipes a las telespectadoras de las distintas etapas de la espera que sería más dulce si ella no se sintiera tan presionada por consejos médicos, pronósticos, celebraciones. Paralelamente, su asistente Madelaine ha encontrado –no sin escollos– la solución para el cuidado de sus tres chicos: el padre desocupado se hace cargo por el momento. Hasta aquí lo que podría considerarse el prólogo de lo que verdaderamente le interesa contar a la directora Nancy Savoca en el film *The 24 Hour Woman*, idealmente protagonizado por Rosie Pérez, Marianne Jean-Baptiste (la hija afro de *Mentiras verdaderas*) y la magistral Patti LuPone: el quilombo (léase: lío, turbulencia, trastorno, fárrago, desconcierto, caos, etc.) que suele producirse cuando el primer bebé llega a un hogar de madre y padre trabajadores que pretenden seguir haciendo la misma vida de antes del parto. Pero la criatura se interpone y la que paga el pato –en este caso y en tantísimos otros de la realidad– es la mamá novata, agotada entre llantos imposibles de decodificar, pañales (felizmente descartables), dar de mamar y el deseo de volver al trabajo.

The 24 Hour Woman es, además del título de esta película independiente estrenada el año pasado en los Estados Unidos, el nombre del programa que produce Grace. Desafortunadamente, en la Argentina no ha sido presentado en salas cinematográficas y todavía no se editó en video. Si a alguna distribuidora o editora se le ocurre lanzar esta nada condescendiente comedia sobre las dificultades de la maternidad en su primera etapa, el público local podrá reconocer situaciones tan universales –y habitualmente negadas– como el ataque de nervios que puede provocar el gimoteo imparable de un bebé o la insoportable angustia culposa al dejarlo el primer día en manos de una cuidadora (que puede tener las mejores referencias, pero es una extraña). La desorientada y exhausta Grace, inspeccionada por abuelas latinas (adorables, pero tradicionalistas) y con un marido que se borra de las nuevas responsabilidades (aunque quiere mucho a la cría). Cuando Grace vuelve al trabajo sufre... como una madre. El desasosiego hace crisis el día que la niñita cumple un año: por motivos laborales y otras complicaciones, la mamá llega a su casa cuando la fiesta ha terminado y tiene que ver los primeros pasos de su hija en video. Harta del tironeo y carcomida hasta el hueso por la culpa, Grace decide renunciar al trabajo.

Por suerte, ésta no es una producción típica de Hollywood y la salida final que propone Nancy Savoca es sin duda la más justa y democrática, luego de una desopilante escena de reclamo frente a las cámaras. Es que la directora sabe perfectamente de qué está hablando: cuando ella empezó a filmar la comedia *True Love*, en 1989, estaba embarazada de su segundo hijo (tiene tres). Llevó a buen término rodaje y gestación, pero no pudo ir a buscar el premio mayor que se ganó en Sundance porque en ese preciso momento estaba pariendo. Nancy Savoca, nativa del Bronx neoyorquino, descendiente de italianos y argentinos, se las ha arreglado para hacer la suya en una industria dominada por los hombres. Casi siempre en compañía de su marido y padre de sus hijos, el productor Richard Guay, coautor asimismo del guión de *The 24 Hour Woman*.

